



SAN MIGUEL

UN PERIÓDICO DE LAICOS CATÓLICOS, POR EL REINO DE JESÚS Y MARÍA, EN LAS ALMAS, FAMILIAS Y NACIONES

PARA EL TRIUNFO DE LA INMACULADA

Pilgrims of Saint Michael - Peregrinos de San Miguel Arcángel
1101 Principale Street, Rougemont, QC J0L 1M0 - Canada
Tel.: (450) 469-2209; (514) 856-5714; Fax: (450) 469-2601

Publications Mail Reg. No. 40063742

POR UNA ECONOMÍA DE CRÉDITO SOCIAL, DE ACUERDO CON LAS ENSEÑANZAS DE LA IGLESIA, A TRAVÉS DE LA ACCIÓN VIGILANTE DE PADRES DE FAMILIA Y NO A TRAVÉS DE PARTIDOS POLÍTICOS

Impreso en Canadá

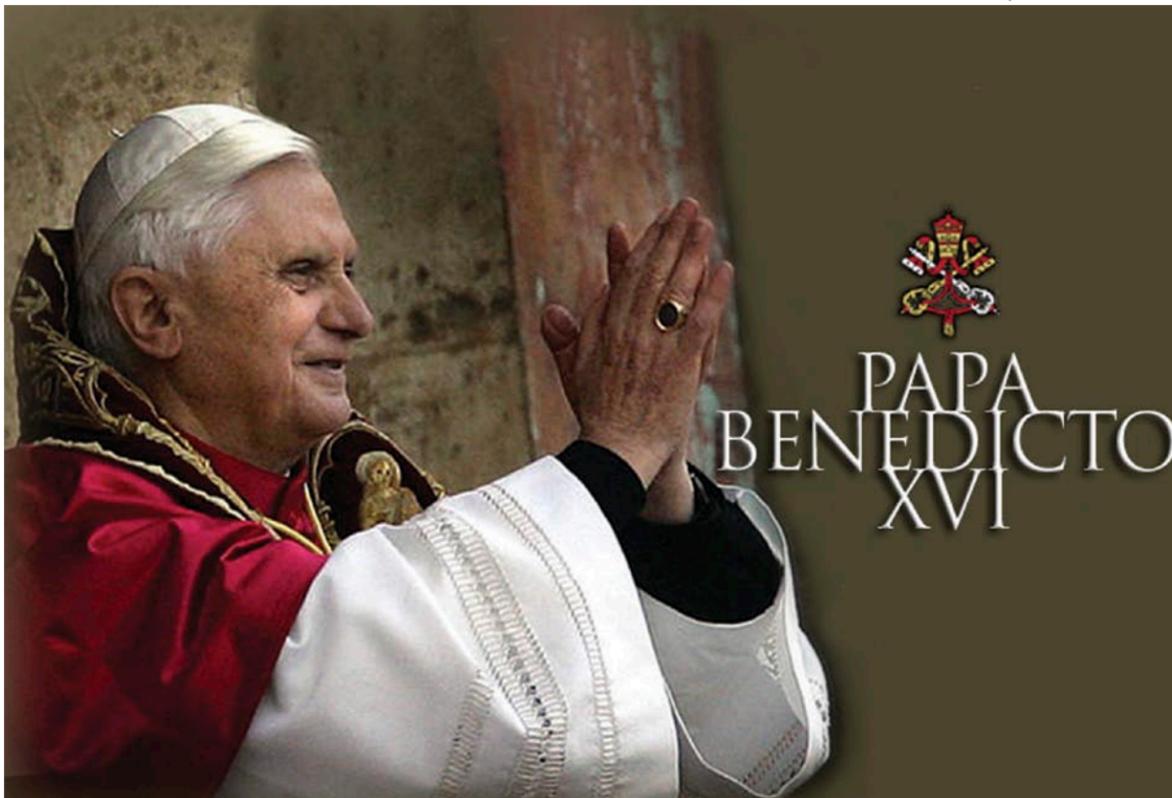
EDICIÓN BIMESTRAL EN ESPAÑOL - INTERNET: www.periodicosanmiguel.org E-MAIL: editorial@periodicosanmiguel.org

N. 17 (1939) AÑO 4

marzo - abril 2006

2 años \$20

El Papa presenta su primera carta encíclica «Deus caritas est» (Dios es amor)



**SE TRATA DE CAMBIAR, CON EL AMOR,
¡A UN MUNDO QUE SUFRE EL VACÍO DE DIOS!**

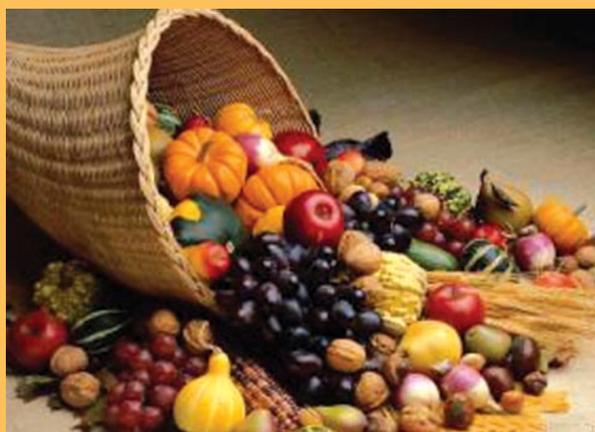
«¿Es posible amar a Dios?», «¿Podemos de verdad amar al "prójimo", cuando nos resulta extraño o incluso antipático?».

“La palabra amor hoy está tan usada que casi se teme pronunciarla. Sin embargo, es una expresión de la realidad primordial de la que debemos reapropiarnos para que pueda iluminar nuestra vida”.

En un reciente discurso el papa Benedicto XVI habló en forma tan sugerente de su primera encíclica, “Deus caritas est” (Dios es amor), publicada el miércoles 25 de enero, que no me resisto a ofrecerlo como invitación al estudio del esperado nuevo documento. Era lógico que en su primera encíclica nos ofrezca un chispazo de su pensamiento y un programa de acción. Y eso es exactamente lo que ocurre con “Deus caritas est” (así se lee en latín, caritas, con acento en la primera a). ¡Son las dos partes de su carta!

Como fue su costumbre desde siempre, el actual papa Benedicto XVI no se limita a hacer citas bíblicas en sus escritos -tal vez “de relleno”, como hacen algunos-, sino que él razona a la luz de la Sagrada Escritura y de la tradición patristica. Su pensamiento, sus conclusiones y sus directrices van surgiendo, como agua de manantial, de la Palabra de Dios revelada. Con seguridad que el lector ya lo había notado.

PÁGINA 2



EN ESTE ERA DE ABUNDANCIA

El poder legislativo tiene su sede en los Parlamentos, dado que es ahí donde las leyes son discutidas y votadas. **El poder ejecutivo reside en las oficinas ministeriales, dado que son ellos, los Presidentes o Primeros Ministros y sus gabinetes, quienes toman las decisiones a ser ejecutadas por los servidores civiles.** El poder judicial reside en las cortes, dado que es en ellas donde los jueces ejercen sus obligaciones.

Y ¿dónde reside entonces, el superpoder, el poder monetario?

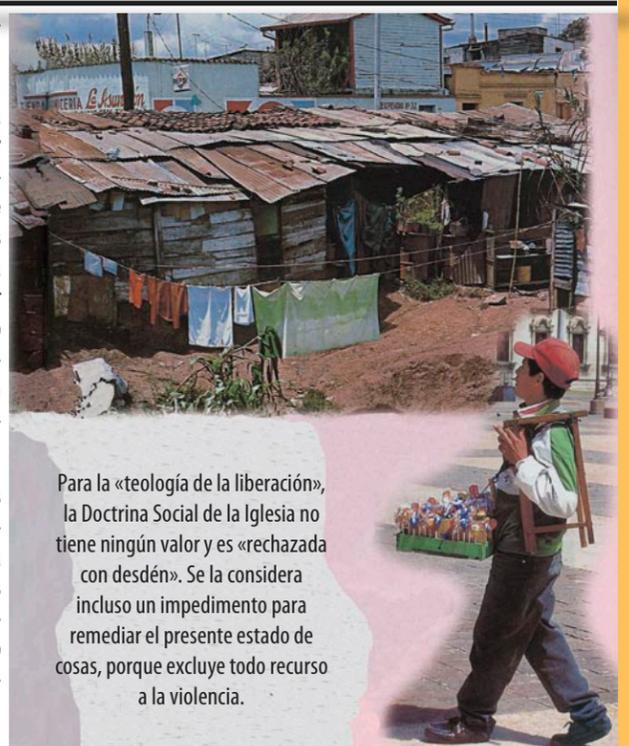
PÁGINA 10

¿DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA O TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN?

Cuando se propone como primer imperativo la revolución radical de las relaciones sociales y se cuestiona, a partir de aquí, la búsqueda de la perfección personal, se entra en el camino de la negación del sentido de la persona y de su trascendencia y se arruina la ética y su fundamento, que es el carácter absoluto de la distinción entre el bien y el mal» (IV, 15). Estas palabras de la Instrucción ponen al descubierto la gravedad de los problemas antropológicos y sociales a que da origen la “teología de la liberación”. El hombre peligra, por no decir que es desintegrado. Y si perdemos al hombre, ¿cómo podremos humanizar la vida del pobre? ¿Cómo podremos lograr una sociedad verdaderamente humana? Son algunas de las contradicciones en que se debate la “teología de la liberación”.

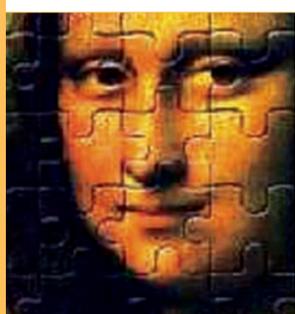
El análisis marxista se reduce prácticamente a dos puntos. Se pretende que el móvil de todas las aspiraciones y decisiones humanas es lo económico, y que la única fuerza capaz de cambiar la situación económica es la “lucha de clases”. El hombre queda totalmente aprisionado dentro de lo económico; y, una vez hecho prisionero del lucro, se destila en su corazón la máxima dosis posible de odio.

PÁGINA 7



Para la «teología de la liberación», la Doctrina Social de la Iglesia no tiene ningún valor y es «rechazada con desdén». Se la considera incluso un impedimento para remediar el presente estado de cosas, porque excluye todo recurso a la violencia.

Descodificando a Da Vinci



“Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”.

PÁGINA 12

EL CAMINO de la CRUZ



VIACRUCIS PARA LA SANACIÓN

Vivir el camino de la Cruz, es abrir nuestras heridas a su Amor que sana y entregar nuestras rebeldías a su consuelo. Tener una relación justa con la Cruz, es renunciar a todos nuestros caminos de muerte y escoger la Vida. Con Jesús, ya no estamos solos en la prueba.

Meditando y contemplando las escenas de los misterios de la Pasión de Cristo, dejamos entrar la Misericordia de Dios en nuestra vida. Entonces nuestro sufrimiento y nuestra muerte serán abiertos y ofrecidos a Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6).

PÁGINA 14



CARTA ENCÍCLICA DE S. S. BENEDICTO XVI DEUS CARITAS EST "Dios es Amor"

A LOS OBISPOS, A LOS PRESBITEROS Y DIACONOS, A LAS PERSONAS CONSAGRADAS Y A TODOS LOS FIELES LAICOS SOBRE EL AMOR CRISTIANO. OFRECEMOS A CONTINUACIÓN LA PRIMERA PARTE:

SAN MIGUEL

PERIÓDICO DE MISIONEROS LAICOS CATÓLICOS



March - April 2006
Date of issue: February 2005

marzo - abril 2006
Publicado 5 veces al año

EDITOR PROPIETARIO:

Peregrinos de San Miguel Arcángel - Instituto por la Justicia Social
Louis Even

DIRECTOR:

Thérèse Tardif

ENCARGADO DE LA EDICIÓN:

Carlos A. Reyes, M. L. C.

COLABORADORES: (Redacción y traducción)

Nemiliz Ameyali Gutiérrez Arroyo (México), A. A. (Ecuador)

IMPRESIÓN:

Peregrinos de San Miguel Arcángel

Impreso en Canadá

www.periodicosanmiguel.org - info@periodicosanmiguel.org

OFICINA PRINCIPAL Y DIRECCIÓN DE CORREO

"Michael" Journal - Canadá

1101 Principale St., Rougemont QC, J0L 1M0
Tel: (450) 469-2209 Fax: (450) 469-2601

En los Estados Unidos

"Michael" Journal

P.O. Box 86 - South Deerfield, MA 01373, U.S.A.

En México

Misioneros católicos laicos, Peregrinos de San Miguel

Cerro Huitzilac mz 738, It.6

Fracc. Jardines de Morelos, Ecatepec

Edo. de México. CP. 55070

Teléfono: (55) 58372132

Atención personal de la misionera Nemiliz Gutiérrez

En Colombia

Medellín: abbá - Comunicaciones Pastorales

Cra. 42 No. 52-47 Tel: (57) 4 239 4460 Fax: 4 216 5865

Bogotá: Peregrinos de San Miguel Arcángel

Tel: (57) 1 286 8239 / Cel.: 300-565-5140

En Ecuador:

Quito: Casilla Postal 17-21-1701 - Tel.: (593) 2 099 707 879

Los artículos de este periódico podrán ser reproducidos indicando su fuente y enviando una copia a la oficina principal.

**TARIFAS DE SUBSCRIPCIÓN
para el año 2006**

Ediciones: español, inglés, polaco, francés

POR CORREO ORDINARIO

Canadá & EE.UU. 4 años\$20

México 2 años\$10

América Latina 2 años\$20

POR VÍA AÉREA

México 2 años\$25

América Latina 2 años\$25

Europa (zona euro) 2 años€26

Otros países 2 años\$25

Subscripciones: subscripciones@periodicosanmiguel.org

Printed in Canada

PUBLICATIONS MAIL ONLY AGREEMENT No. 40063742

Legal Deposit - National Quebec Library

Postmasters must send address changes to: "Michael" Journal, 1101

Principale Street, Rougemont QC, J0L 1M0 - Canada

Send back all mail that cannot be delivered to: "Michael" Journal,

1101 Principale Street, Rougemont QC, J0L 1M0 - Canada

CONTENIDO "SAN MIGUEL"

marzo - abril 2006

Portada.....	1
DEUS CARITAS EST "Dios es Amor"	2-5
Sucedió en la Iglesia	6
DSI o Teología de la liberación ..	7-9
En esta era de abundancia ...	10-11
Descodificando a Da Vinci	12
Mujer no pierdas tu libertad...	13
El camino de la Cruz	14-16

INTRODUCCIÓN

1. « Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él » (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: « Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él ».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna » (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: « Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas » (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: « Amarás a tu prójimo como a ti mismo » (19, 18; cf. Mc 12, 29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un « mandamiento », sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá un carácter más especulativo, puesto que en ella quisiera precisar —al comienzo de mi pontificado— algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá una índole más concreta, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo. El argumento es sumamente amplio; sin embargo, el propósito de la Encíclica no es ofrecer un tratado exhaustivo. Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino.

PRIMERA PARTE

LA UNIDAD DEL AMOR EN LA CREACIÓN Y EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

UN PROBLEMA DE LENGUAJE

2. El amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros. A este respecto, nos encontramos de entrada ante un problema de lenguaje. El término « amor » se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes. Aunque el tema de

esta Encíclica se concentra en la cuestión de la comprensión y la praxis del amor en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, no podemos hacer caso omiso del significado que tiene este vocablo en las diversas culturas y en el lenguaje actual.

En primer lugar, recordemos el vasto campo semántico de la palabra « amor »: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Se plantea, entonces, la pregunta: todas estas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes?

« Eros » y « agapé », diferencia y unidad

3. Los antiguos griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra eros, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —eros, philia (amor de amistad) y agapé—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (philia), a su vez, es aceptado y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra eros, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra agapé, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor. En la crítica al cristianismo que se ha desarrollado con creciente radicalismo a partir de la Ilustración, esta novedad ha sido valorada de modo absolutamente negativo. El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al eros un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio.[1] El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace gustar algo de lo divino?

4. Pero, ¿es realmente así? El cristianismo, ¿ha destruido verdaderamente el eros? Recordemos el mundo precristiano. Los griegos —sin duda análogamente a otras culturas— consideraban el eros ante todo como un arrebató, una « locura divina » que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta. De este modo, todas las demás potencias entre cielo y tierra parecen de segunda importancia: « Omnia vincit amor », dice Virgilio en las Bucólicas —el amor todo lo vence—, y añade: « et nos cedamus amori », rindámonos también nosotros al amor.[2] En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre los que se encuentra la prostitución « sagrada » que se daba en muchos templos. El eros se celebraba, pues, como fuerza divina, como comunión con la divinidad.

A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el

SIGUE EN LA PÁGINA 3

¿ES POSIBLE AMAR A DIOS?; MÁS AÚN: ¿PUEDE EL AMOR SER ALGO OBLIGADO? ¿NO ES UN SENTIMIENTO QUE SE TIENE O NO SE TIENE? LA RESPUESTA A LA PRIMERA PREGUNTA ES: SÍ, PODEMOS AMAR A DIOS, DADO QUE ÉL NO SE HA QUEDADO A UNA DISTANCIA INALCANZABLE SINO QUE HA ENTRADO Y ENTRA EN NUESTRA VIDA. NOS SALE AL PASO DE CADA UNO DE NOSOTROS: EN LOS SACRAMENTOS A TRAVÉS DE LOS CUALES ACTÚA EN NUESTRA EXISTENCIA; CON LA FE DE LA IGLESIA, A TRAVÉS DE LA CUAL SE DIRIGE A NOSOTROS; HACIÉNDONOS ENCONTRAR HOMBRES, TOCADOS POR ÉL, QUE NOS TRASMITEN SU LUZ; CON LAS DISPOSICIONES A TRAVÉS DE LAS CUALES INTERVIENE EN NUESTRA VIDA; TAMBIÉN CON LOS SIGNOS DE LA CREACIÓN QUE NOS HA REGALADO.

VIENE DE LA PÁGINA 2

Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad. No obstante, en modo alguno rechazó con ello el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza. En efecto, las prostitutas que en el templo debían proporcionar el arrobamiento de lo divino, no son tratadas como seres humanos y personas, sino que sirven sólo como instrumentos para suscitar la « locura divina »: en realidad, no son diosas, sino personas humanas de las que se abusa. Por eso, el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, « éxtasis » hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle preguntar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser.

5. En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni « envenenarlo », sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza.

Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: « ¡Oh Alma! ». Y Descartes replicó: « ¡Oh Carne! ».[3] Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el eros— puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro « sexo », se convierte en mercancía, en simple « objeto » que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos « en éxtasis » hacia lo divino, llevarnos

más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.

6. ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el Cantar de los Cantares. Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor, escritos quizás para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal. En este contexto, es muy instructivo que a lo largo del libro se encuentren dos términos diferentes para indicar el « amor ». Primero, la palabra « dodim », un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término « ahábá », que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina, con un vocablo de fonética similar, « agapé », el cual, como hemos visto, se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor. En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.

El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del « para siempre ». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es « éxtasis », pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el descubrimiento de Dios: « El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará » (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general.

7. Nuestras reflexiones sobre la esencia del amor, inicialmente bastante filosóficas, nos han llevado por su propio dinamismo hasta la fe bíblica. Al comienzo se ha planteado la cuestión de si, bajo los significados de la palabra amor, diferentes e incluso opuestos, subyace alguna unidad profunda o, por el contrario, han de permanecer separados, uno paralelo al otro. Pero, sobre todo, ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: eros como término para el amor « mundano » y agapé como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor « ascendente », y como amor « descendente » la otra. Hay otras clasificaciones afines, como por ejemplo, la distinción entre amor posesivo y amor oblativo (amor concupiscentiae – amor benevolentiae), al que a



veces se añade también el amor que tiende al propio provecho.

A menudo, en el debate filosófico y teológico, estas distinciones se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí: lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el agapé precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el amor ascendente, vehemente y posesivo, es decir, el eros. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad, eros y agapé —amor ascendente y amor descendente— nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará « ser para » el otro. Así, el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19, 34).

En la narración de la escalera de Jacob, los Padres han visto simbolizada de varias maneras esta relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el eros que busca a Dios y el agapé que transmite el don recibido. En este texto bíblico se relata cómo el patriarca Jacob, en sueños, vio una escalera apoyada en la piedra que le servía de cabeza, que llegaba hasta el cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios (cf. Gn 28, 12; Jn 1, 51). Impresiona particularmente la interpretación que da el Papa Gregorio Magno de esta visión en su Regla pastoral. El pastor bueno, dice, debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas: « per pietatis viscera in se infirmitatem caeterorum transferant ».[4] En este contexto, san Gregorio menciona a san Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, hasta los más grandes misterios de Dios y, precisamente por eso, al descender, es capaz de hacerse todo para todos (cf. 2 Co 12, 2-4; 1 Co 9, 22). También pone el ejemplo de Moisés, que entra y sale del tabernáculo, en diálogo con Dios, para poder de este modo, partiendo de Él, estar a disposición de su pueblo. « Dentro [del tabernáculo] se extasía en la contemplación, fuera [del tabernáculo] se ve apremiado por los asuntos de los afligidos: intus contemplationem rapitur, foris infirmantium negotiis urgetur ».[5]

8. Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica, a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el « amor » es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o,

SIGUE EN LA PÁGINA 4



VIENE DE LA PÁGINA 3

en todo caso, una forma mermada del amor. También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos que merecen ser subrayados: la imagen de Dios y la imagen del hombre.

LA NOVEDAD DE LA FE BÍBLICA

9. Ante todo, está la nueva imagen de Dios. En las culturas que circundan el mundo de la Biblia, la imagen de dios y de los dioses, al fin y al cabo, queda poco clara y es contradictoria en sí misma. En el camino de la fe bíblica, por el contrario, resulta cada vez más claro y unívoco lo que se resume en las palabras de la oración fundamental de Israel, la Shema: « Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno » (Dt 6, 4). Existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres. En esta puntualización hay dos elementos singulares: que realmente todos los otros dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya. Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero sólo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido, quien la ha « hecho ». Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. La potencia divina a la cual Aristóteles, en la cumbre de la filosofía griega, trató de llegar a través de la reflexión, es ciertamente objeto de deseo y amor por parte de todo ser —como realidad amada, esta divinidad mueve el mundo[6]—, pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada. El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente. Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente agapé.[7]

Los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución. Con eso se alude concretamente —como hemos visto— a los ritos de la fertilidad con su abuso del eros, pero al mismo tiempo se describe la relación de fidelidad entre Israel y su Dios. La historia de amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la Torah, es decir, abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo. Esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: « ¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios » (Sal 73 [72], 25. 28).

“NO SÓLO NOS HA OFRECIDO EL AMOR, ANTE TODO LO HA VIVIDO PRIMERO Y TOCA A LA PUERTA DE NUESTRO CORAZÓN EN MUCHOS MODOS PARA SUSCITAR NUESTRA RESPUESTA DE AMOR. EL AMOR NO ES SOLAMENTE UN SENTIMIENTO, PERTENECEN A ÉL TAMBIÉN LA VOLUNTAD Y LA INTELIGENCIA. CON SU PALABRA, DIOS SE DIRIGE A NUESTRA INTELIGENCIA, A NUESTRA VOLUNTAD Y A NUESTROS SENTIMIENTOS, DE MODO QUE PODAMOS APRENDER A AMARLO «CON TODO EL CORAZÓN Y CON TODA EL ALMA». EL AMOR, DE HECHO, NO NOS LO ENCONTRAMOS YA LISTO DE REPENTE, SINO QUE MADURA; POR ASÍ DECIRLO, NOSOTROS PODEMOS APRENDER LENTAMENTE A AMAR DE MODO QUE EL AMOR COMPROMETA TODAS NUESTRAS FUERZAS Y NOS ABRA EL CAMINO DE UNA VIDA RECTA”.

10. El eros de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez agapé. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior, sino también porque es amor que perdona. Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del agapé en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. Israel ha cometido « adulterio », ha roto la Alianza; Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre: « ¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti » (Os 11, 8-9). El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor.

El aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas —el Logos, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. Así, el eros es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el agapé. Por eso podemos comprender que la recepción del Cantar de los Cantares en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto, porque el sentido de sus cantos de amor describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De este modo, tanto en la literatura cristiana como en la judía, el Cantar de los Cantares se ha convertido en una fuente de conocimiento y de experiencia mística, en la cual se expresa la esencia de la fe bíblica: se da ciertamente una unificación del hombre con Dios —sueño originario del hombre—, pero esta unificación no es un fundirse juntos, un hundirse en el océano anónimo del Divino; es una unidad que crea amor, en la que ambos —Dios y el hombre— siguen siendo ellos mismos y, sin embargo, se convierten en una sola cosa: « El que se une al Señor, es un espíritu con él », dice san Pablo (1 Co 6, 17).

11. La primera novedad de la fe bíblica, como hemos visto, consiste en la imagen de Dios; la segunda, relacionada esencialmente con ella, la encontramos en la imagen del hombre. La narración bíblica de la creación habla de la soledad del primer hombre, Adán, al cual Dios quiere darle una ayuda. Ninguna de las otras criaturas puede ser esa ayuda que el hombre necesita, por más que él haya dado nombre a todas las bestias salvajes y a todos los pájaros, incorporándolos así a su entorno vital. Entonces Dios, de una costilla del hombre, forma a la mujer. Ahora Adán encuentra la ayuda que precisa: « ¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! » (Gn 2, 23). En el trasfondo de esta narración se pueden considerar concepciones como la que aparece también, por ejemplo, en el mito relatado por Platón, según el cual el hombre era originariamente esférico, porque era completo en sí mismo y autosuficiente. Pero, en castigo por su soberbia, fue dividido en dos por Zeus, de manera que ahora anhela siempre su otra mitad y está en camino hacia ella para recobrar su integridad.[8] En la narración bíblica no se habla de castigo; pero sí aparece la idea de que el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse « completo ». Así, pues, el pasaje bíblico concluye con una pro-

fecia sobre Adán: « Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne » (Gn 2, 24).

En esta profecía hay dos aspectos importantes: el eros está como enraizado en la naturaleza misma del hombre; Adán se pone a buscar y « abandona a su padre y a su madre » para unirse a su mujer; sólo ambos conjuntamente representan a la humanidad completa, se convierten en « una sola carne ». No menor importancia reviste el segundo aspecto: en una perspectiva fundada en la creación, el eros orienta al hombre hacia el matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así, y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre eros y matrimonio que presenta la Biblia no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de ella.

JESUCRISTO, EL AMOR DE DIOS ENCARNADO

12. Aunque hasta ahora hemos hablado principalmente del Antiguo Testamento, ya se ha dejado entrever la íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana. La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la « oveja perdida », la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: « Dios es amor » (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

13. Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33). Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre —aquello por lo que el hombre vive— era el Logos, la sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La « mística » del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.

SIGUE EN LA PÁGINA 5



VIENE DE LA PÁGINA 4

14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la « mística » del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: « El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan », dice san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos « un cuerpo », aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el agapé se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el agapé de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y ethos se compenetrán recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el agapé de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el « culto » mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el « mandamiento » del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser « mandado » porque antes es dado.

15. Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico epulón (cf. Lc 16, 19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Jesús, por decirlo así, acoge este grito de ayuda y se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino. La parábola del buen Samaritano (cf. Lc 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de « prójimo » hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad, con vistas a la vida práctica de sus miembros. En fin,

“¿PODEMOS DE VERDAD AMAR AL «PRÓJIMO», CUANDO NOS RESULTA EXTRAÑO O INCLUSO ANTIPÁTICO? SÍ, PODEMOS, SI SOMOS AMIGOS DE DIOS. SI SOMOS AMIGOS DE CRISTO. SI SOMOS AMIGOS DE CRISTO QUEDA CADA VEZ MÁS CLARO QUE ÉL NOS HA AMADO Y NOS AMA, AUNQUE CON FRECUENCIA ALEJEMOS DE ÉL NUESTRA MIRADA Y VIVAMOS SEGÚN OTROS CRITERIOS. SI, EN CAMBIO, LA AMISTAD CON DIOS SE CONVIERTE PARA NOSOTROS EN ALGO CADA VEZ MÁS IMPORTANTE Y DECISIVO, ENTONCES COMENZAREMOS A AMAR A AQUELLOS A QUIENES DIOS AMA Y QUE TIENEN NECESIDAD DE NOSOTROS. DIOS QUIERE QUE SEAMOS AMIGOS DE SUS AMIGOS Y NOSOTROS PODEMOS SERLO, SI ESTAMOS INTERIORMENTE CERCA DE ELLOS”.

se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. « Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis » (Mt 25, 40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

AMOR A DIOS Y AMOR AL PRÓJIMO

16. Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: « Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve » (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera carta de Juan apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues « Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él » (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es

propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por « concluido » y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. Idem velle, idem nolle,[9] querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío.[10] Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28).

18. De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la Primera carta de Juan. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo « piadoso » y cumplir con mis « deberes religiosos », se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación « correcta », pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un « mandamiento » externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es « divino » porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea « todo para todos » (cf. 1 Co 15, 28).



SUCEDIÓ EN



LA IGLESIA

Y EN EL MUNDO

EL «CAMBIO DE RUTA» PROPUESTO POR BENEDICTO XVI PARA SUPERAR LAS CRISIS EN LA IGLESIA

EN EL DISCURSO DIRIGIDO A LOS OBISPOS DE AUSTRIA

Publicamos un resumen del discurso que dirigió Benedicto XVI a los obispos de Austria en visita «ad limina apostolorum» el 5 de noviembre de 2005 en el que presenta un «cambio de ruta» para superar las crisis que atraviesa la Iglesia.

Para comenzar el Santo Padre exhortó a los Srs. Obispos “con la certeza de la presencia del Señor a afrontar valientemente la realidad, sin que el optimismo, que nos impulsa siempre, represente un obstáculo para llamar las cosas por su nombre con total objetividad y sin idealizarlas.”

Luego recordó los “hechos dolorosos: el actual proceso de secularización, cada vez más significativo para Europa, no se ha detenido tampoco ante las puertas de la católica Austria. En muchos creyentes se debilita la identificación con la enseñanza de la Iglesia y así se pierde la certeza de la fe y desaparece el temor reverencial a la ley de Dios”. Después de esto, el Santo Padre preguntó: “Por tanto, ¿qué podemos hacer? ¿Existe un instrumento santo, que Dios ha preparado para la Iglesia de nuestro tiempo, a fin de que pueda afrontar con valentía los desafíos que encuentra a lo largo de su camino en el tercer milenio cristiano?”

No cabe duda que, por una parte, hace falta una confesión clara, valiente y entusiasta de la fe en Jesucristo, que vive también aquí y hoy en su Iglesia y en el que, según su esencia, el alma humana orientada a Dios puede encontrar su felicidad. Por otra parte, se necesitan numerosas medidas misioneras, pequeñas y grandes, que debemos tomar para lograr un “cambio de ruta”.

Como sabéis bien, la profesión de fe forma parte de los primeros deberes del obispo. “No me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios” (Hch 20, 27), dice san Pablo en Mileto a los pastores de la Iglesia de Éfeso. Es verdad que los obispos debemos actuar con ponderación. Sin embargo, esta prudencia no debe impedirnos presentar la palabra de Dios con toda claridad, incluso las cosas que se escuchan con menos agrado o que ciertamente suscitan reacciones de protesta y burla”.

Vosotros, queridos hermanos en el episcopado, lo sabéis muy bien: hay temas, en el ámbito de las verdades de la fe y, sobre todo, de la doctrina moral, que en vuestras diócesis no se presentan de forma adecuada en la catequesis y en el anuncio, y acerca de los cuales, a veces, por ejemplo en la pastoral juvenil de las parroquias o de las asociaciones, no se afrontan en absoluto o no con el sentido en que lo entiende la Iglesia. **Gracias a Dios, esto no sucede así en todas partes. Tal vez los responsables de la proclamación [del Evangelio] temen que las personas puedan alejarse si se habla demasiado claramente. Sin embargo, por lo general, la experiencia demuestra que sucede precisamente lo contrario.**

No os engañéis. Una enseñanza de la fe católica que se imparte de modo incompleto es una contradicción en sí misma y, a la larga, no puede ser fecunda. El anuncio del reino de

Dios va siempre acompañado de la exigencia de conversión y del amor que anima, que conoce el camino y que ayuda a comprender que, con la gracia de Dios, es posible incluso lo que parece imposible. Pensad de qué forma la enseñanza, la catequesis en los diversos niveles y la predicación pueden paulatinamente mejorarse, profundizarse y, por decirlo así, completarse. Para ello, podéis utilizar eficazmente el Compendio y el Catecismo de la Iglesia católica. Haced que los sacerdotes y los catequistas empleen estos instrumentos; que se expliquen en las parroquias, en las asociaciones y en los movimientos; que se utilicen en las familias como lecturas importantes. En medio de la incertidumbre de este tiempo y de esta sociedad, dad a los hombres la certeza de la fe íntegra de la Iglesia. La claridad y la belleza de la fe católica iluminan, también hoy, la vida de los hombres. Esto sucederá, en particular, si la presentan testigos entusiastas y capaces de transmitir entusiasmo.

Sínodo: Obispos piden la recepción de la Comunión en la lengua

El 5 de Octubre de 2005, durante el Sínodo de los Obispos en el Vaticano. S.E.R. Arzobispo Jan Pawel Lenga M.I.C., de Karaganda, Kazakhsan, recordó a los presentes la Sacralidad de la Eucaristía y discutió vías para resaltar este hecho. Él manifestó que “entre las renovaciones litúrgicas producidas en el mundo Occidental, dos en particular, dos tienden a nublar el aspecto visible de la Eucaristía en particular, sobre todo en lo que respecta a su centralidad y santidad: la eliminación del tabernáculo del centro, y la distribución de la Comunión en la mano.

La Comunión en la mano, dijo, se está extendiendo e incluso prevalece como que es más fácil, como un tipo de moda... Por consiguiente, humildemente yo sugiero las siguientes proposiciones prácticas: que la Santa Sede emita una regulación universal que establezca la manera oficial de recibir la Comunión en la boca y de rodillas; con la Comunión en la mano que sea reservada exclusivamente para el clero. Él pidió igualmente, que los Obispos en los lugares donde la Comunión en la mano se ha introducido, trabajen con prudencia pastoral para devolver al creyente al rito oficial de Comunión, válido para todas las Iglesias locales.

Así mismo el Cardenal, Janis Pujats de Riga, Latvia, fue el primero en resaltar el problema, diciendo al sínodo el 3 de Octubre que él piensa que los católicos deben recibir la Comunión en la lengua, mientras se arrodillan. Cuando los comulgantes están de pie, dijo el Cardenal, él se siente como un dentista que mira en sus bocas.

DEFENDER LA VIDA

ÁNGELUS DEL VICARIO DE CRISTO, DOMINGO 5 DE FEBRERO

Se celebra hoy en Italia la Jornada por la vida, que constituye una magnífica ocasión para orar y reflexionar sobre los temas de la defensa y la promoción de la vida humana, especialmente cuando se encuentra en condiciones difíciles. Están presentes en la plaza de San Pedro numerosos fieles laicos que trabajan en este campo, algunos comprometidos en el Movimiento por la vida. Los saludo cordialmente, de modo especial al cardenal Camillo Ruini, que los acompaña, y les renuevo la expresión



de mi aprecio por la labor que realizan para lograr que la vida sea acogida siempre como don y acompañada con amor.

A la vez que invito a meditar en el mensaje de los obispos italianos, que tiene como tema “Respetar la vida”, pienso en el amado Papa Juan Pablo II, que a estos problemas dedicó una atención constante. En particular, quisiera recordar la encíclica Evangelium vitae, que publicó en 1995 y que representa una auténtica piedra miliar en el magisterio de la Iglesia sobre una cuestión tan actual y decisiva. Insertando los aspectos morales en un amplio marco espiritual y cultural, mi venerado predecesor reafirmó muchas veces que la vida humana es un valor primario, que es preciso reconocer, y el Evangelio invita a respetarla siempre. A la luz de mi reciente carta encíclica sobre el amor cristiano, quisiera subrayar también la importancia del servicio de la caridad para el apoyo y la promoción de la vida humana. Al respecto, antes que las iniciativas operativas, es fundamental promover una correcta actitud con respecto a los demás: en efecto, la cultura de la vida se basa en la atención a los demás, sin exclusiones o discriminaciones. Toda vida humana, en cuanto tal, merece y exige que se la defienda y promueva siempre. Sabemos bien que a menudo esta verdad corre el riesgo de ser rechazada por el hedonismo difundido en las llamadas “sociedades del bienestar”: la vida se exalta mientras es placentera, pero se tiende a dejar de respetarla cuando está enferma o disminuida. En cambio, partiendo del amor profundo a toda persona, es posible realizar formas eficaces de servicio a la vida: tanto a la que nace como a la que está marcada por la marginación o el sufrimiento, especialmente en su fase terminal.

La Virgen María acogió con amor perfecto al Verbo de la vida, Jesucristo, que vino al mundo para que los hombres “tengan vida en abundancia” (Jn 10, 10). A ella le encomendamos a las mujeres embarazadas, a las familias, a los agentes sanitarios y a los voluntarios comprometidos de muchos modos al servicio de la vida. Oremos, en particular, por las personas que se encuentran en situaciones de mayor dificultad.

Después de la plegaria mariana, el Santo Padre dijo: Comienza hoy en la diócesis de Roma la “Semana por la vida y la familia”, que culminará el domingo próximo con un momento de fiesta dedicado a las familias en el santuario de la Virgen del Amor Divino. Para esta iniciativa, que expresa el compromiso prioritario de la diócesis en la pastoral familiar, aseguro mi recuerdo en la oración.

Seguidamente, Su Santidad saludó a los fieles en varias lenguas. En castellano dijo: Queridos hermanos: que la intercesión de la Virgen María os ayude a dar siempre un testimonio valiente de vuestra fe en medio de la sociedad en que vivís. ¡Feliz domingo!

O TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN?

RECOPILADO POR C. A. R.

El siguiente documento es un extracto de una exposición realizada por el cardenal Joseph Höfner, Arzobispo de Colonia y presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, en la sesión de apertura de la Asamblea plenaria, el 24 de septiembre de 1984, publicado en la revista española "Iglesia-mundo". A pesar de que fue escrito hace 20 años, el tema es muy relevante en nuestros días. Se han editado únicamente algunas referencias de años para corresponder al año 2006.

Introducción

La «teología de la liberación» -que surgió en Latinoamérica a fines de los años 60 y principios de los años 70, y que, sin embargo, se ha convertido en un movimiento influyente- no es comprensible sin considerar la miseria producida, en gran escala por el subdesarrollo y la explotación que hay en aquel continente. En el origen de sus ideas, la «teología de la liberación» -cuyos portavoces son los sacerdotes católicos Gustavo Gutiérrez, Juan Luis Segundo SJ, Leonardo Boff OFM (ex-sacerdote) y Clodovis Boff OSM- es dependiente, en amplia medida, de las «teologías políticas», de las cuáles se ha hablado mucho en Europa durante las últimas décadas. Así lo explicó, por ejemplo Helmut Gollwitzer, en 1968; diciendo que la teología política era «una forma del pensamiento cristiano... en una era revolucionaria». (1).

A pesar de que la «teología de la liberación» no es un sistema monolítico y está dividido en varias corrientes, se puede reconocer en ellas un objetivo común: la Liberación es entendida, ante todo como redención de los pobres explotados por la opresión social. Considerando la obra de salvación de Jesucristo, esta orientación no deja de suscitar reparos. Existe el peligro de perder las debidas proporciones.

Jesucristo nos liberó del pecado por medio de su Pasión y Muerte y por medio de su Resurrección venció a la muerte. El trajo la salvación a todos; no sólo a una determinada clase. La fe en el Resucitado sólo es liberadora cuando es anunciada de modo puro e íntegro y permanece libre de suplementos extraños, por ejemplo, marxistas. El cardenal Joseph Ratzinger (nuestro Papa actual) ve en la, «teología de la liberación» -que no se considera a sí misma como una nueva ciencia teológica aislada, sino que quiere penetrar, en la teoría y en la práctica, en toda la Teología- un peligro fundamental para la Fe de la Iglesia». (2).

En esta exposición no es mi intención tratar de las cuestiones que deben ser hechas a la «teología de la liberación» por la Soteriología, la Cristología, la Eclesiología y la Escatología. Sobre eso la Congregación para la Doctrina de la Fe ya ha dicho una palabra decisiva en su instrucción del 6 de agosto de 1984 «Sobre algunos aspectos de la teología de la liberación». A mí me mueve más bien la cuestión -fácil de comprender- de cómo la «teología de la liberación» se relaciona con la Doctrina Social de la Iglesia, pues también la Doctrina Social Católica cuida de la dignidad y libertad humanas. Por lo visto, los defensores de la «teología de la liberación» están en una posición incómoda frente a la Doctrina Social de la Iglesia. Poco les preocupa que la Doctrina Social de la Iglesia sea anunciada por el auténtico magisterio, mientras que en el caso de la «teología de la liberación» se trata de las declaraciones privadas de algunos profesores. Cualitativamente, la autoridad de la Doctrina Social de la Iglesia es distinta de la de los profesores.

La «así llamada Doctrina Social de la Iglesia» -explica el padre Clodovis Boff OSM - sería «poco conocida» en América Latina: existiría cierto interés por esa doctrina en los partidos democrata cristianos; en las asociaciones de empresarios católicos y «en determinados grupos del movimiento de base», ya que las comunidades eclesiales de base, «ante todo y normalmente» no se orientarían «según la Doctrina Social de la Iglesia, sino según el Evangelio» (3) -como si la Doctrina Social de la Iglesia contradijese al Evangelio.

Los «Cristianos para el Socialismo» de un modo particular-

mente enérgico rechazan la Doctrina Social de la Iglesia como «reformismo», como «una ideología falsamente cristiana», como «instrumento de la clase dominante» (4). La Doctrina Social de la Iglesia -así lo afirma Clodovis Boff- sería de-hecho «teóricamente contra el capitalismo» pero «en la práctica fortalece el sistema dominante». No tendría «fuerza de atracción mística», establecería solamente principios generales y por eso sería incapaz de cambiar la sociedad. De hecho no sería perversa sino insuficiente, y por lo tanto, debería ser «rellena de contenido» por la «teología de la liberación», y, de este modo, dialécticamente superada y revocada (5). El Papa Juan Pablo II, en su Allocución a la Asamblea General de los Obispos Latinoamericanos en Puebla, advirtió para «no sembrar dudas y desconfianzas en relación a la Doctrina Social de la Iglesia», (6).

Las objeciones contra la Doctrina Social de la Iglesia no son nuevas y no se restringen a América Latina. Así, por ejemplo, Johann Baptist Metz llamó a la Doctrina Social Católica «un síndrome apologético», «una apología marcada por el derrotismo de la burguesía y del capitalismo tardío» (7). Las objeciones levantadas por la «teología de la liberación» contra la Doctrina Social de la Iglesia sugieren, resumir en siete preposiciones rectoras el verdadero objetivo de la Doctrina Social de la Iglesia. (Nota del editor: En el siguiente capítulo sobre este tema, presentaremos un análisis al documento "Sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación" y la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia a través del Crédito Social)

PRIMERA PROPOSICIÓN

La Doctrina Social Católica es «un elemento integrante de la Doctrina Cristiana sobre la persona humana» (Enc. Mater et Magistra).

Se desconocería gravemente la Doctrina Social de la Iglesia si se viese en ella una falange de indicaciones prácticas para la solución de la «cuestión social» o una hábil selección de ciertos conocimientos de sociología moderna y de otras ciencias

humanas utilizables en la instrucción social cristiana. El Papa Juan Pablo II llamaba a la Doctrina Social de la Iglesia «una herencia rica y multiforme» que representa para todo fiel «una garantía de la legitimidad de su acción en funciones sociales difíciles y exigentes, y de sus esfuerzos por la liberación y promoción de sus hermanos» (8). Que la Doctrina Social de la Iglesia es parte integrante de la antropología cristiana se deduce de las siguientes cinco consideraciones:

1 El hombre, imagen de Dios, redimido por la Sangre de Cristo y llamado a la eterna comunión con Dios, no puede ser rebajado a objeto y medio de procesos estatales, sociales o económicos. El mensaje de Cristo da a la vida y a la obra del hombre «su sentido más profundo» (Gaudium et Spes, 40).

2 Jesucristo redimió al hombre en su totalidad, también como esencialmente relacionado con el Tú y con la comunidad. Sería una sospechosa reducción de la doctrina sobre el hombre, ver en él exclusivamente el alma individual llamada por Dios.

3 Incluso después del pecado original, existe un orden de convivencia social fundado en el instinto de sociabilidad del hombre, deseado por Dios. Este «orden social, su restauración y su perfeccionamiento de acuerdo con el plan de la Buena Nueva» (Enc. Quadragesimo Anno), su «configuración a la luz de la Doctrina Cristiana» (Enc. Mater et Magistra) es objeto de la Doctrina Social de la Iglesia. Dios no abandonó el espíritu decaído a Satanás. El «fortalecimiento de la cohesión de la sociedad humana» es misión de la Iglesia (Gaudium et Spes, 40).

4 Para la salvación, tienen una gran importancia las condiciones sociales, como consecuencia de nuestra dependencia humillante a nuestros respectivos ambientes, pues los hombres «frecuentemente son desviados de la práctica del bien e impelidos al mal por las circunstancias sociales en las que viven



SIGUE EN LA PÁGINA 8

¿DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA O TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN?



VIENE DE LA PÁGINA 7

y en las que están sumergidos desde la infancia» (Gaudium et Spes, 25). Circunstancias contrarias a la salvación, por ejemplo las condiciones de miseria e injusticia que hay en muchos países en desarrollo, son escándalos que claman por remedio -y no sólo bajo la forma de crítica social- según los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. El combate duro y apasionado contra la pobreza, el hambre, la miseria, la enfermedad, la explotación y la opresión es un deber cristiano. Una resignación precipitada no sería una sumisión a la Voluntad de Dios, sino un quietismo fatalista que acarrearía para la Fe Cristiana la acusación de ser «opio del pueblo».

5 Que la Doctrina Social de la Iglesia es parte integrante de la Doctrina Cristiana sobre el hombre, proviene de forma muy profunda de la Encarnación de Jesucristo. Así como el Verbo de Dios verdaderamente se hizo hombre «uno entre millones y a pesar de todo Uno» (Enc. Redemptor Hominis, 1), sucede lo mismo «en la vida histórica y social de la humanidad», de modo que un cristiano que no aprovecha la «fuerza ordenativa de la Fe para la vida pública» cometería una traición al Hombre-Dios» (9). En su visita al suburbio Vidigal, en Río de Janeiro, el 2 de julio de 1980, Juan Pablo II dijo: «Haced todo para que la vida de cada hombre en nuestra tierra se haga más humana, más digna del hombre.» (10).

SEGUNDA PROPOSICIÓN

La Doctrina Social de la Iglesia emplea métodos tanto socio-económicos como socio-filosóficos.

1 La Doctrina Social de la Iglesia conoce el significado social de la mutable solidaridad de todos los hombres, como se desprende de la doctrina de la creación del mundo, del hombre y de la mujer, de la redención por Jesucristo, de la filiación divina y del Cuerpo Místico de Cristo. También toma en consideración el efecto social del pecado y sus consecuencias, así como el significado histórico-teológico de la doctrina del Anticristo y de la sujeción de la historia mundial por el retomo de Cristo. Como todas las criaturas, también lo social necesita de la salvación y se relaciona con Cristo.

2 La Doctrina Social de la Iglesia parte del presupuesto de que «los principios del Derecho Natural y las verdades de la Revelación, como de los cursos de agua de ningún modo opuestos sino yendo en la misma dirección, tienen su fuente común en Dios (11), y que ambos, de hecho, son esferas diferentes, de diverso rango, pero que a pesar de todo se encuentran en la persona humana una salvada por Cristo. La naturaleza humana concreta creada por Dios está, por esencia, vinculada

a Cristo e incluida en el orden de la salvación -que abarca lo natural y lo sobrenatural.

TERCERA PROPOSICIÓN

La Doctrina Social de la Iglesia valoriza los descubrimientos seguros de las ciencias humanas, en particular de la sociología empírico-sistemática, de la psicología social, de la ciencia demográfica, de la historia social, etc. No los considera como resultados de investigaciones de la Doctrina Social Cristiana, pero los adopta como lemas.

1 La Doctrina Social de la Iglesia reconoce la relativa autonomía de las diferentes esferas de cultura (del Estado, de la economía, de la ciencia, del arte, etc.). Rechaza una invasión de lo sacral en las realidades terrenales. La mezcla medieval de las esferas religiosa y profana no era un ideal cristiano. «Algunas actitudes que no faltaron, a veces entre los mismos cristianos, por no reconocerse claramente la legítima autonomía de las ciencias», son lamentadas expresamente por el Concilio Vaticano II (Gaudium et Spes, 36).

2 La «teología de la liberación» censura la Doctrina Social de la Iglesia por desistir de hacer «un análisis profundo de la sociedad y por no presentar «modelos sociales» concretos (12). A mí me parece que aquí existe la amenaza de una nueva forma de integralismo. ¿Acaso la «teología de la liberación» -que a sí misma se considera como teología- quiere suplantar a la sociología en su competencia? Un ejemplo: en las discusiones de los últimos años he señalado frecuentemente que la investigación de las causas del desempleo y la adopción de medidas de política coyuntural y de política monetaria no son asunto de la Doctrina Social de la Iglesia, sino de los responsables, es decir, de los agentes fiscales, de los gobiernos, del parlamento federal y de las cámaras estatales, de los partidos políticos y de las ciencias en cuestión. La Doctrina Social de la Iglesia apela a la conciencia de los responsables. Tomar posición sobre propuestas concretas -por ejemplo la propuesta de alargar el período escolar, reducir el tiempo de trabajo, adelantar la edad de jubilación, abolir las horas extras, elevar los impuestos o rebajarlos, elevar un tributo coyuntural- no es tarea de la Doctrina Social de la Iglesia. Eso es asunto de los peritos en la materia y de los responsables. Lo mismo vale para la ejecución concreta de la reforma social de los países en desarrollo.

CUARTA PROPOSICIÓN

La Doctrina Social de la Iglesia se esfuerza por comprender las señales de los tiempos» (Mt. 16,3).

1 La percepción de las «señales de los tiempos» es un acontecer de la Fe, no es sociología. Las «señales de los tiempos» se revelan en el «mundo» del cual la Sagrada Escritura dice: «No améis el mundo y lo que está en el mundo: quien ama el mundo, no tiene amor al Padre. Pues todo lo que está en el mundo, la codicia de la carne, la codicia de los ojos y la vanagloria con las posesiones, no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y su codicia pasa; pero quien hace la voluntad de Dios, permanece en la eternidad» (1 Jn 2, 15-17). «Mundo» significa la más alta representación de las fuerzas enemigas de Dios, el símbolo de lo que se cierra a Dios y se encierra a sí mismo. «Un humanismo encerrado en sí mismo es, a pesar de todo, un



humanismo anti-humano», dice la Encíclica «Populorum Progressio» (42). El encerrarse en sí mismo lanza al hombre en graves crisis vitales que, en las sociedades industriales desarrolladas, se manifiestan de varias formas: en el sentimiento abismal de la falta de sentido de la vida y el temor existencial de que ahí resulta, en una actitud incómoda hacia la vida, en la ruina de numerosos matrimonios y familias, en el aumento de los actos de violencia y del consumo de alcohol y de drogas, para nombrar sólo algunas.

2 Quien quiere comprender «las señales de los tiempos» requiere del don de discernimiento de los espíritus. La Sagrada Escritura nos previene contra el «espíritu del mundo» (1 Cor. 2,12), contra los «espíritus malignos» (Ef. 6,12). «No confíes en todo espíritu, mas prueba a los espíritus para saber si provienen de Dios» (1 Jn. 4,1). Quien hoy no consigue distinguir los espíritus es dirigido desde fuera; absorbe pensamientos ya hechos, se convierte en eco de otros y no comprende las «señales de los tiempos». «Entender las señales de los tiempos no significa andar según el espíritu del tiempo.»

3 El don de discernimiento de los espíritus no nos permite percibir solamente lo que, en el mundo, es contrario a Dios. También nos da una capacidad de detectar hacia donde se mueve el espíritu de Dios, donde irrumpe algo nuevo y bueno.

QUINTA PROPOSICIÓN

La Doctrina Social de la Iglesia no interviene sólo a favor de los cambios de estructuras injustas. Exige como presupuesto para una reforma social verdadera y durable el cambio del corazón, la renovación moral:

1 Hoy en día muchos se vuelven con indignación nunca vista contra las estructuras dominantes. No se exige del hombre que se venza a sí mismo, sino que destruya los sistemas. El mal es dislocado del individuo hacia las instituciones sociales.

Marx es enteramente lógico al escribir que, moralmente, no se podría hacer responsable al capitalista individual «por circunstancias de cuya creación el depende socialmente».

Aquí se revela la creencia ingenua en el poder de las circunstancias, la ideología de la esperanza de salvación social.

Sólo se requeriría dar a la sociedad un orden acertado que así, el hombre, hasta ese momento egoísta, sería transformado en un ser libre e inocentemente feliz. Entonces, según opinaba August Bebel, «decenas de millares de leyes, decretos y reglamentos se convertirían en papel de envolver...: los ladrones han desaparecido porque desapareció la propiedad privada... ¿Asesinato? ¿Por qué? Nadie puede enriquecerse a costa de otro» (14). La Fe simplista en el truco de que tras la mudanza de las condiciones sociales el hombre será un modelo de nobleza y altruismo, que no necesitará ninguna norma moral, es conmovedora y emocionante al mismo tiempo.

También la «teología de la liberación» deposita una sorprendente confianza en las nuevas estructuras. Así, por ejemplo, Leonardo Boff requiere «otra forma de santidad... concretamente la del luchador». La lucha, prosigue Boff, «no se refiere tanto a las propias pasiones, esto es una tarea permanente» como al terreno político de la explotación por mecanismos «que sólo ayudan a enriquecer a unos pocos». Las virtudes del nuevo santo se expresan en la «solidaridad de clase». (15).

2 Bajo la influencia de la «teología de la liberación» se ha realizado una cierta dislocación de la conciencia de la dimensión personal del pecado hacia la dimensión social. Eso indica, sin duda, una

SIGUE EN LA PÁGINA 9

¿ TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN O DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA?

VIENE DE LA PÁGINA 8

conciencia más viva en relación a la injusticia social. Sin embargo, junto con eso, no debe ser olvidado que el pecado es fundamentalmente un acontecer personal. Lleva al distanciamiento del hombre en relación con Dios, a sí mismo y al prójimo. El distanciamiento social que yace en el pecado es doble. Por un lado deteriora las estructuras sociales. Por otro lado las circunstancias sociales infectadas por el pecado se convierten, a su vez, en tentación para un nuevo mal. Estructuras contrarias a Dios proceden, del pecado y conducen al pecado. Es un círculo vicioso.

3 «El orgullo y el egoísmo del hombre, dice el Concilio Vaticano II, deterioran «también el ambiente social» (16). El pecado se anida en las estructuras sociales. Deteriora las condiciones sociales en las varias partes del mundo, en cada una de un modo particular.

-a) En el Hemisferio Sur, en el Tercer Mundo, las estructuras deterioradas conducen a la explotación y al empobrecimiento.

-b) En los estados industriales desarrollados del mundo occidental el poder del pecado se revela sobre todo en el secularismo, el consumismo, el sexualismo, el materialismo práctico y en una emancipación sin medidas.

-c) A su vez, en las dictaduras comunistas el pecado se ha anidado de otro modo. Allí reinan la coacción y la violación de la libertad de conciencia y de religión.



4 Las condiciones sociales penetradas por el pecado son ocasión y tentación para el pecado, pero no coacción para pecar -y mucho menos pecado ellas mismas-. Las condiciones sociales injustas y permisivas sólo pueden ser llamadas pecado por analogía -pecado social, pecado estructural-. Es el hombre quien peca, no la estructura.

SEXTA PROPOSICIÓN

Según los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, es sobre todo tarea de los seglares «iluminar y ordenar todas las cosas temporales con las cuales están íntimamente unidos, de modo que ellas, en medida siempre creciente, se asemejen a Cristo» (17).

1 El P. Clodovis Boff se admira de que les corresponda «propiamente a los seglares (católicos) junto con los demás hombres, el análisis científico y técnico de los problemas sociales,

según la Doctrina Social de la Iglesia» (18). Para mí, por el contrario, es sorprendente que los teólogos de la «teología de la liberación» sean casi todos exclusivamente sacerdotes, entre los cuales figuran de modo llamativo varios religiosos. Ciertamente los servicios sacerdotales actúan también en los órdenes terrenales y deberían actuar allí. Cuando el sacerdote anuncia el mensaje de la realeza del hombre y de la unidad y la solidaridad fraterna de todos los hombres, grupos sociales, razas y pueblos, presta un alto servicio a la sociedad humana.

“La «teología de la liberación» tiende necesariamente a promover lo que se ha dado en llamar iglesia popular, es decir, una iglesia que se enfrenta con la jerarquía constituída y tiende a suplantarla. La lucha, entonces, se entabla entre el «pueblo» y la jerarquía”

Pero los seglares deberían «hacer presente y efectiva» a la Iglesia «en aquellos casos y circunstancias en que la Iglesia sólo por medio de ellos puede ser la sal de la tierra», osea el campo «del trabajo humano, de la técnica, de la civilización y cultura». (19).

Si los cristianos se recogiesen en la propia familia, o en la comunidad del altar, dejarían de ver los peligros mortales que los amenazan por detrás, y no comprenderían que el cristiano no puede ser un emigrante en el mundo de hoy. El cristiano intervendrá apostólicamente en el mundo, concretamente según su posición profesional y deberes: en su campo, el campo de la educación, de la economía, de la sanidad, de los medios de comunicación de masas, de la política, etc. En Alemania, los teóricos prácticos de la Doctrina Social Cristiana de los siglos XIX y XX han sido en gran parte seglares. Precisamente en la doctrina social Católica y en el movimiento de acción católico es donde se debe evitar todo clericalismo.

2 Cuando está en discusión la realización concreta de los principios de la Doctrina Social Católica, los católicos -sin perjuicio de su fe- en varios casos tendrán opiniones diferentes; pues «en cuestiones del orden de las cosas terrenales» aun entre los cristianos -como dice el Concilio Vaticano II- podrá haber «justas diversidades de opinión». En esos casos nadie tiene el derecho «de reclamar para sí y para su propia opinión, exclusivamente, la autoridad de la Iglesia» (20).

SÉPTIMA PROPOSICIÓN

Entre la Ascensión del Señor y su segunda venida en el día del Juicio no habrá ningún paraíso terrestre, a pesar de todos los profetas de Oriente y Occidente.

1 Jesucristo nos prometió el futuro absoluto, eterno: el «Reino de Dios» (Mt. 6,10), el «Reino Celestial» (Mt. 5,20), la «vida eterna en el mundo venidero» (Lc. 18, 30), el «nuevo cielo y la

nueva tierra; en las cuales habita la justicia» (2 P. 3,13; Cf. Ap. 21,1). El futuro eterno es don de Dios, y no cosecha de nuestros esfuerzos. Lo recibimos en adoración amorosa de Dios, en la alegría y la gratitud.

La historia del mundo no es cíclica, no es una interminable repetición, sino que está en marcha hacia el futuro eterno. El objetivo al cual aspiran la humanidad y el universo es Jesucristo. «Por Él y para Él todo fue creado»; «en Él todo tiene su exis-

tencia» (Col. 1, 16-17). Con Él todo empieza; pues Él es el principio original, el Alfa. Al mismo tiempo, es el fin original, el Omega.

2 La Iglesia, al guardar el «Día del Señor», da testimonio de que no espera la salvación de la historia terrenal ni el cambio de las condiciones sociales. Aunque el progreso terrenal «tiene gran importancia para el Reino de Dios», «por cuanto puede contribuir para un mejor orden de la sociedad humana», a pesar de todo debe «ser distinguido claramente del crecimiento del Reino de Cristo» (21). Al final de los tiempos los ordenamientos e instituciones terrenales no habrán alcanzado de ningún modo el estado de perfección cristiana, mas serán juzgados por Cristo que volverá a la tierra. (Cfr. Rm. 3,6), como una corriente es dominada por una gran marea que irrumpe desde el océano. Hace 161 años, en 1845, el arzobispo Giraud de Cambrai escribió en su carta pastoral sobre la cuestión social: «La afirmación del servicio que el Evangelio ha hecho a la humanidad en el campo social no nos debe llevar a seguir el ejemplo de modernos autores que reducen la salvación sobrenatural y el misterio divino de la Redención del mundo realizada en la Cruz, a proporciones meramente temporales y que querrían interpretarlos en el sentido de una reforma social terrenal» (22).

Algunos escritos de los teólogos de la liberación suscitan la impresión de que Historia y Salvación -a pesar de la «reserva escatológica»- se entrecruzan dialécticamente. La fórmula de «la crítica revolucionaria liberadora» deja de ver que el mundo va de mal en peor y que también las nuevas condiciones establecidas por revoluciones tienen dentro la carcoma, y no raramente, subyugan a los hombres de un modo peor que anteriormente.

El 22 de septiembre de 1835, a un bachiller del Colegio Federico Guillermo, de Tréveris, le fue dada la tarea, en el examen final, de interpretar las palabras de Jesús: «Creed en Dios y creed en Mí. En la casa de mi padre hay varias moradas... Yo me voy para preparar un lugar para Vosotros» (Jn. 14, 1-2). Era una pregunta de examen sobre el futuro eterno del hombre en Dios, y el profesor de Religión no podría haberla hecho de modo más pertinaz si hubiera podido prever el destino y la influencia mundial de aquel estudiante. El bachiller era Karl Marx. Más tarde dejó de creer en las varias moradas de la casa del Padre, prometiendo a los hombres, por el contrario, la felicidad definitiva en esta tierra, en la sociedad socialista.

NOTAS 1) cf. H.G. von Stunitz, 1st Gott Mitlaufer? Stuttgart, 1969, p.43. 2) Cardenal Joseph Ratzinger, Vi spiego la Teología, in: 30 Giorni, marzo de 1984, p. 48, Texto alemán: Die Theologie der Befreiung, Voraussetzungen and Herausforderungen. In: Die neue Ordnung, 1984, p. 285 ss. 3) Clodovis Bofi, Die kirchliche Soziallehre and die Theologie der Befreiung: Zwei entgegengesetzte Formen sozialer Praxis? In: Concilium 1981, p. 755 s. 4) cf. Boaventura Kloppenburg, Die neue Volkswirtschaft (1977), traducción alemana: Aschaffenburg 1981, p.19,90. 5) L.c. pp. 776-778. 6) Texto in: Predigten and Ansprachen von Papst Johannes Paul II bei seiner Reise in die Dominikanische Republik and nach Mexico. Editado por el secretariado de la Conferencia Episcopal Alemana, Bonn, 1979, p. 65. 7) Texto in: Glaube in Geschichte and Gesellschaft, Mainz, 1977, p.18 ss. 8) Ansprache des Papstes auf der Generalversammlung der latein amerikanischen Bischöfe in Puebla am 28. Januar. 1979, I. c., p. 65. 9) Papa Pío XII., Alocución de 17.VIII.1958. 10) Texto in: Predigten and Ansprachen von Papst Johannes Paul II bei seiner Apostolischen Reise nach Brasilien, Bonn, 1980 p. 43. 11) Papa Pío XII, en su alocución de I.VI.1941 12) Clodovis Boff, I.c., p. 778 s 13) Karl Marx, Das Kapital, vol. I, prefacio p.8 14) August Bebel, Die Frau and den Sozialismus. 176 - 178 millar, Stuttgart - Berlin, 1922, p 443 s. 15) Leonardo Boff, Die Neuentdeckung der Kirche, p. 75. 16) Gaudium et Spes, 25 17) Lumen Gentium, 31 18) Clodovis Boff, Kirchliche Soziallehre and Theologie der Befreiung, p. 778 19) Lumen Gentium, 33,36 20) Gaudium et Spes, 43, 75 21) Gaudium et Spes, 39 22) Citado en Paul Droulers: L'Episcopat de-vant la question ouvriere en France sous la Monarchie de Juillet, in: Revue historique, cuaderno 466,1963, p.345

HACIA UN MUNDO SIN POBREZA

APLICACIÓN DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

EN ESTA ERA DE ABUNDANCIA - AL SERVICIO DE LA VERDAD PLENA DEL HOMBRE

Capítulo 23

EL PODER MONETARIO RESIDE EN LOS BANCOS



Louis Even

El poder legislativo tiene su sede en los Parlamentos, dado que es ahí donde las leyes son discutidas y votadas.

El poder ejecutivo reside en las oficinas ministeriales, dado que son ellos, los Presidentes o Primeros Ministros y sus gabinetes, quienes toman las decisiones a ser ejecutadas por los servidores civiles.

El poder judicial reside en las cortes, dado que es en ellas donde los jueces ejercen sus obligaciones.

Y ¿dónde reside entonces, el superpoder, el poder monetario?

El poder monetario reside en los bancos. Es ahí donde el crédito financiero es creado y cancelado.

Es cuando un banco otorga un préstamo, ya sea a un industrial, ya sea a un comerciante o a un gobierno, que el nuevo crédito financiero es creado. El banquero acredita la cuenta del prestatario con el préstamo otorgado, tal como si el prestatario lo hubiese depositado personalmente en su cuenta. Pero el prestatario no llevó ni realizó ningún depósito de dinero, ya que él llegó al banco para obtener un dinero que no tenía.

Ahora el prestatario será capaz de emitir cheques de una cuenta que no tenía cuando entró al banco, pero que ahora ya tiene.

Sin embargo, ninguna cuenta de ningún cliente del banco ha sido reducida. Es pues una cuenta más que se añade a las otras cuentas ya existentes. La suma de los créditos en las cuentas totales del banco ha sido incrementada por la cantidad de esta nueva cuenta.

Hay, por tanto, un incremento en el crédito financiero, dinero reciente que será puesto en circulación mediante los cheques que el prestatario emitirá sobre este nuevo crédito.

Al contrario, cuando el prestatario viene a pagar el préstamo (crédito que ha sido previamente solicitado) se reduce en concordancia, la cantidad de crédito en circulación. La cantidad total de sangre en la vida económica es así reducida por la misma cantidad.

Una simple operación contable, hecha con nada más que el trazo de una pluma, ha creado el crédito financiero. Otra simple operación de la misma naturaleza destruye el crédito cuando se paga el préstamo.

Es fácil darse cuenta que si durante un período de tiempo dado, el total de los préstamos exceden el total de los pagos, esto pone más crédito en circulación que cuando es cancelado. Al contrario, si el total de los pagos excede el total de los préstamos, esto causa un período de reducción del crédito en circulación.

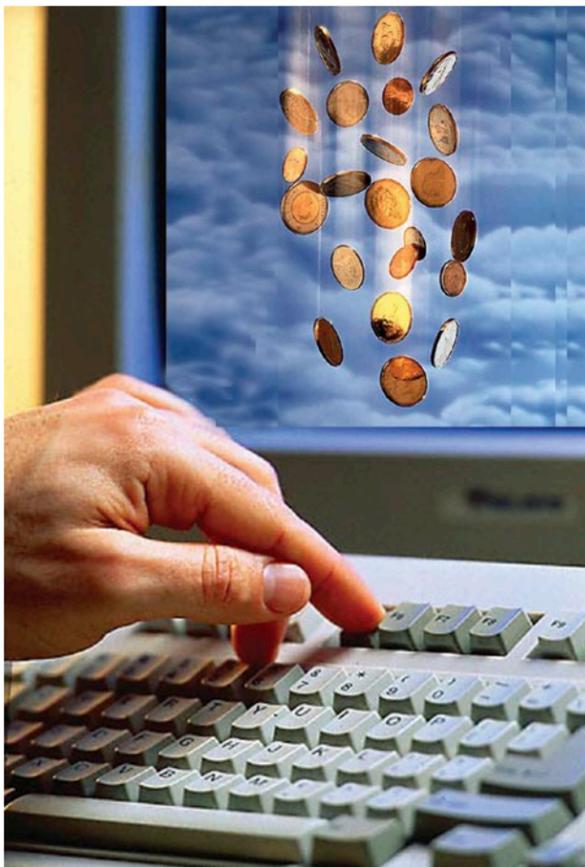
Si el período de reducción persiste, el cuerpo económico en su totalidad resulta afectado: a esto se llama una crisis – crisis causada por la restricción del crédito.

Estos períodos de incremento o reducción en el crédito no se deben a la mera casualidad, sino a la

acción de los bancos. Los años de vacas gordas o de vacas flacas no son debido a causas naturales, se deben a la tasa de creación o cancelación del crédito.

Dado que el prestatario debe devolver más de lo que se le prestó a causa del interés, que se le exige, necesita sacar de la circulación más dinero del que ha puesto. Por tal motivo debe retirar de la circulación dinero extra del que ha sido puesto por otros prestatarios. Como todo nuevo crédito procede del banco, bajo la condición de regresar más dinero que el total de los préstamos, otros también deben pedir prestado siguiendo a los primeros prestatarios. Los últimos tendrán aún más dificultades para pagar sus préstamos dado que necesitan encontrar más dinero del crédito que se encuentra actualmente en circulación, que ya ha sido reducido por la cantidad de dinero que el primer prestatario tuvo que pagar en intereses.

Esta cadena continúa de la misma forma para los siguientes prestatarios y, con el tiempo, algunos no podrán pagar los préstamos. Entonces los bancos restringen los préstamos, lo cual reduce la vida económica en su totalidad. Pero los bancos culpan de esta situación a la población, que sufre por ello.



Para tener el flujo de crédito requerido para la vida económica, la cadena de préstamos tiene que comenzar de nuevo, dándole nacimiento a una cadena de endeudamiento cada vez mayor.

UNA HERRAMIENTA DEL SUPERPODER

El sistema bancario actual es el instrumento utilizado por el superpoder monetario para mantener su supremacía sobre las naciones y sus gobiernos. Los bancos son apoyados en todo esto por la ridícula regla político – financiera que ata la distribución del poder adquisitivo al empleo, en una producción que requiere cada vez de menos y menos empleados para proveer los bienes necesarios para la vida.

Uno no debe concluir de todo esto que su banquero local es parte de esta dictadura. Él es únicamente un subordinado quien ni siquiera está consciente de que cada vez que registra un préstamo en los libros del banco, está creando crédito y que los pagos del mismo están destruyendo o cancelando dichos créditos.

Tampoco es él quien dicta las restricciones de

crédito que vuelven anémica la vida económica. El únicamente actúa de acuerdo a las órdenes que recibe, sin pensar o preocuparse siquiera por las consecuencias.

Es posible escuchar a algunos estudiosos negar que el volumen del crédito en circulación dependa de la acción de los bancos. Son estos intelectuales, cuya resistencia es obvia, quienes representan un apoyo invaluable al superpoder a través de su ignorancia – (si es realmente ignorancia de su parte o se trata de intereses que los atan o a través de su confabulación con un poder que puede otorgarles fáciles promociones).

Los banqueros de la clase alta, por otro lado, saben muy bien que el crédito financiero, que forma la mayoría del dinero moderno, es creado y cancelado en los libros de los bancos.

Un distinguido banquero británico, el Honorable Reginald McKenna, una vez canciller británico de Exchequer (el equivalente al Ministro de Finanzas de Canadá o al Secretario de Estado en los Estados Unidos de Norteamérica) y presidente del Banco Midland, uno de los Cinco Grandes (los cinco bancos más grandes de Inglaterra) asistió a una reunión general anual con los accionistas del banco, el 25 de enero de 1924 y dijo (como se registró en su libro, *Post – War Banking*): *“Me temo que al ciudadano ordinario no le gustará saber que los bancos pueden, y que de hecho lo hacen, el crear y destruir el dinero. La cantidad del dinero en existencia varía únicamente con la acción de los bancos al incrementar o decrecer los depósitos y las compras bancarias. Nosotros sabemos cómo es que esto se efectúa. Cada préstamo, deuda o compra bancaria crea un depósito y cada pago del préstamo, deuda o venta bancaria destruye un depósito”*.

Habiendo sido también Ministro de Finanzas, McKenna sabía muy bien en dónde residían los dos más grandes poderes – el poder de los bancos y el de la soberanía del gobierno del país. Y fue lo suficientemente franco para declarar lo siguiente, que es poco usual entre los banqueros de su nivel: *“Ellos (los bancos) controlan el crédito de la nación, dirigen las políticas de los gobiernos y tienen en la palma de sus manos los destinos de los pueblos”*.

Esta es una declaración que está en total concordancia con lo que el Papa Pío XI escribió en su Carta Encíclica *Quadragesimo Anno*, en 1931: *“Su poderío llega a hacerse despótico como ningún otro, cuando, dueños absolutos del dinero, gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así, el alma misma de la producción, para que nadie se atreva a respirar siquiera contra su voluntad”*.



SIGUE EN LA PÁGINA 11

HACIA UN MUNDO SIN POBREZA APLICACIÓN DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

EN ESTA ERA DE ABUNDANCIA - AL SERVICIO DE LA VERDAD PLENA DEL HOMBRE

VIENE DE LA PÁGINA 10

Capítulo 24

EL LÍDER LIBERAL MACKENSIE KING DIJO EN 1935

“Una vez que una nación otorga el control de su divisa y crédito, no importa quien haga las leyes del país. La usura, una vez en control, destruirá cualquier nación. Hasta que el control de la emisión del dinero y del crédito le sea restablecido al gobierno y reconocido como su responsabilidad más conspicua y sagrada, cualquier charla sobre la soberanía del Parlamento y sobre democracia es ociosa y fútil.”

LA ELECCIÓN DE 1935

En el otoño de 1935, Canadá estaba pasando por una elección federal. El Gobierno Conservador del Señor Bennett estaba llegando a su quinto año. La Gran Depresión que dio inicio en 1929 seguía rampante.



Esta crisis no se debía únicamente al Partido Conservador. Era una crisis mundial que alcanzó a las naciones occidentales sin importar los regímenes políticos ni los partidos en el poder. En Canadá, comenzó bajo el Gobierno Liberal de Mackensie King y fue debido a esta crisis que los electores reemplazaron a los Liberales por los Conservadores en las elecciones de 1930. Cuando la gente está descontenta cambia al partido en el poder.

Sin importar cuáles fueran los ataques de los oradores Liberales contra los Conservadores, Mackensie King sabía perfectamente bien que la Depresión no se debía al partido en el poder. Sabía perfectamente bien que la Depresión había tenido su origen en la restricción del crédito bancario, provocando la escasez del dinero en circulación. Estaba muy consciente del hecho de que un mecanismo adecuado para la emisión del crédito, buscando los intereses de la gente, podría proveer a la población de todo



el dinero requerido para responder a sus necesidades.

Más aún, Mackensie King había escrito previamente un libro, *Industry and Humanity* (Industria y Humanidad), publicado en 1918, un año antes de su elección como líder del Partido Liberal de Canadá. Había escrito en ese libro, entre otras cosas: “El dinero consiste solamente en cifras acuñadas en metal, impresas en papel o escritas en los libros de los bancos.” ¿Por qué entonces dejar que toda una nación se sumiera en una depresión por causa del control viciado de dichas cifras?

Mackensie King entendía la importancia de este hecho. Por tanto, justo al inicio de la campaña electoral, en 1935, hizo declaraciones sobresalientes, como líder de su partido:

“Una vez que una nación otorga el control de su divisa y crédito, no importa quien haga las leyes del país. La usura, una vez en control, destruirá cualquier nación. Hasta que el control de la emisión del dinero y del crédito le sea restablecido al gobierno y reconocido como su responsabilidad más conspicua y sagrada, cualquier charla sobre la soberanía del Parlamento y sobre democracia es ociosa y fútil.”

“El Partido Liberal cree que el crédito es una cuestión pública y no del interés de los banqueros únicamente, sino concerniente en forma directa a cada ciudadano. El Partido Liberal se declara a sí mismo a favor del establecimiento inmediato de un banco nacional constituido para el control de la emisión del dinero en términos de las necesidades públicas. El flujo del dinero debe estar en relación con las necesidades domésticas, sociales e industriales del pueblo canadiense.”

Los intereses del monopolio del dinero están en franca contradicción con el bienestar de la gente. Mackensie King también sabía eso, pero aparentemente determinado a desafiar su dominio financiero, enfáticamente declaró, hablando en Saskatoon: “Si mi partido es reinstalado en el poder haremos nuestra una buena política monetaria tal, que se dará la más grande batalla entre el poder del dinero y la gente de Canadá, como no se haya visto jamás.”

DESPUÉS DE LA ELECCIÓN

Los resultados de la votación, emitidos el 14 de octubre de 1935, le dieron al Partido Liberal una mayoría sin precedentes en la Casa de los Comunes. En una declaración difundida por los medios en la noche de su victoria Liberal, Mackensie King reiteró su compromiso de cortar con la dictadura de las finanzas: “La elección se debe al punto de vista de los Liberales que ven al crédito como un asunto público y no del interés de los banqueros únicamente, sino algo que concierne a cada ciudadano.

Es un claro veredicto contra la posesión privada y el control de un banco nacional y a favor de un banco nacional debidamente constituido para el control de la emisión de la divisa en términos de las necesidades públicas. No puede haber ningún error al exigir que se restaure al gobierno de Canadá el control sobre el crédito y la emisión de su moneda.

En la medida en que la campaña prosiguió, el asunto del control, por parte del pueblo, de todas las funciones del gobierno a través de sus representantes en el Parlamento, y no por ningún otro poder, se hizo cada vez más claro. El electorado ha declarado que un ministro res-

ponsable, y no la economía organizada ni el poder monetario internacional, debe controlar todos los asuntos de Estado”.

¿POR QUÉ SR. KING?

Estas palabras permanecieron tan claras justo antes como después de la elección: la tiranía financiera debe detenerse, la gente debe obtener, de un banco que realmente le pertenezca, todo el dinero requerido para poner la productividad de la nación al servicio de sus necesidades domésticas, sociales e industriales.

Uno puede preguntarse por qué, después de tales declaraciones tan claras y reiterativas, no se tuvo un seguimiento por parte del líder Liberal; y, por qué, incluso con el Banco de Canadá completamente nacionalizado, la gente no fue capaz, y no lo es aún, de obtener los medios económicos totales para lograr que sus posibilidades físicas disponibles sirvieran a sus necesidades públicas y privadas. ¿Por qué, una vez en función, Mackensie King inmediatamente nombró como Ministro de Finanzas al presidente del Banco Barclay Internacional, el Sr. Charles Dunning, quien ni siquiera era un miembro del Parlamento y tampoco había participado en la elección? ¿Quién le impuso esta elección a Mackenzie King?... Por tanto, aún estamos esperando hoy día presenciar “la más grande batalla entre el poder monetario y la gente de Canadá, como no se haya visto jamás.”

El artículo previo fue escrito por Louis Even en 1958. En otro artículo que escribió en 1952 el Sr. Even revela información muy interesante sobre el mismo tema. He aquí la conclusión de dicho artículo: Estas declaraciones de Mackenzie King crearon una sensación atrás en los años 1935, al menos en los círculos informados sobre la dictadura del dinero y del crédito. Años más tarde, una australiana que estaba de visita en Canadá, la Sra. Bearne, pidió una entrevista con el Primer Ministro Mackenzie King. Ya en confianza por la afabilidad del Primer Ministro, ella le inquirió: ¿Puedo hacerle directamente una pregunta sin formalidad alguna?

MACKENZIE KING: POR SUPUESTO SEÑORA

Sra. Bearne: Sr. Primer Ministro, hay muchos ciudadanos en Australia y ciertamente en todos lados, que se quedaron asombrados en 1935 cuando supieron sobre su declaración sobre el control del dinero y del crédito y la necesidad de regresarle este control a la nación si se quiere una verdadera democracia. Nos decíamos a nosotros mismos: “Al fin, he aquí al Primer Ministro de una nación de la Comunidad de Naciones Británica que pondrá a temblar a la dictadura que ha hecho tanto daño a todo el universo civilizado.” Ya estábamos aclamándolo como el más grande estadista de los tiempos modernos. ¿Por qué nuestra esperanza no se ha cristalizado todavía?

Mackenzie King: Señora, hacemos lo que podemos

DE ACUERDO A LA PRESIÓN

Mackenzie King sabía pero “no podía” o pensaba que no podía. ¿De dónde venía la oposición, sino de aquellos que disfrutaban del control del dinero y del poder que éste otorga? ¿De qué apoyo o de qué presión careció el Sr. King para realizar su cambio, sino el apoyo y la presión de una población informada que deseaba liberarse a sí misma?

“Los Gobiernos actúan de acuerdo a la presión ejercida sobre ellos”, dijo el presidente Franklin D. Roosevelt.

Uno puede lamentar el que las figuras públicas sepan, pero no actúen en consecuencia, pero también debemos admitir que los ciudadanos de las naciones que pretenden ser democráticas no han hecho su parte todavía. Es esta observación la que guía a los Misioneros del periódico San Miguel en su acción.

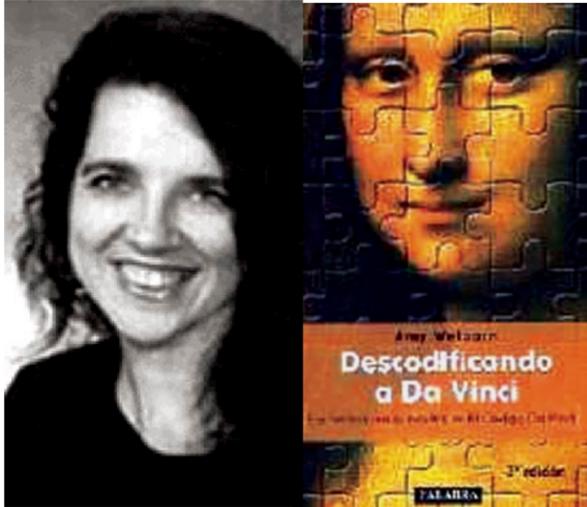
DESCODIFICANDO A DA VINCI:

ENTREVISTA CON LA ESCRITORA AMY WELBORN

RECOPIADO POR: AR.

El libro "Descodificando a Da Vinci" de Amy Welborn apunta a desenmascarar los errores que permean la novela best-seller de Dan Brown.

Welborn es columnista, redactora del semanario católico «Our Sunday Visitor» y autora de varios libros, incluyendo «Prove It!» (¡Pruébalo!), una serie de libros de apologética para jóvenes.



“Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”.

SAN JERÓNIMO

Prólogo a Isaías

«El Código Da Vinci», ¿no es más que una novela de ficción? ¿Por qué piensa que es importante escribir un libro así?

Welborn: «El Código Da Vinci» es ciertamente una obra de ficción, realmente en muchos sentidos. Pero dentro del marco de esta novela, el autor, Dan Brown, presenta muchas afirmaciones sobre la historia, la religión y el arte. Las presenta como verdad, no como parte de su mundo de ficción.

Por ejemplo, uno de los puntos centrales de Brown es que los primeros cristianos no creían que Jesús fuera divino, y que Jesús y María Magdalena estaban casados.

Coloca estas afirmaciones en boca de los personajes eruditos, y las enmarca con frases como «dicen los historiadores» o «consideran los estudiosos». Además, Brown presenta dentro de su libro como verdaderas, no obstante su carencia de fiabilidad, fuentes, que también se ofrecen en una bibliografía ofrecida en su página web.

Además, Dan Brown ha afirmado repetidamente en entrevistas que parte de lo que hace en su libro es presentar una «historia perdida» hasta ahora para los lectores, y que está contento de hacerlo.

Por lo que, ciertamente, «El Código Da Vinci» es una novela, pero el autor hace afirmaciones sobre historia dentro de la novela, las presenta como hechos y ampliamente aceptados, y es éste elemento de la novela él que ha dejado intranquilos a algunos lectores y requiere una respuesta.

¿Cuáles son las afirmaciones más importantes sobre los orígenes cristianos que Dan Brown hace en esta novela? ¿Qué es lo que más ha intranquilizado a la gente, como usted dice?

Welborn: Brown hace varias afirmaciones, ninguna de las cuales puede asumirse seriamente

como verdadera, en boca de eruditos ficticios.

El libro se basa en un Jesús, profesor mortal de sabiduría, que intentaba reintroducir la noción del «sagrado femenino» en la conciencia y experiencia humanas. Tuvo seguidores, y se casó con María Magdalena, que es considerada la líder de este movimiento.

A esto se opuso otro partido --el «partido de Pedro»-- que trabajó para suprimir la verdad, que se logró en última instancia con las acciones del emperador Constantino que «divinizó» a Jesús en el concilio de Nicea en el año 325.

Es esta sugerencia de que la Iglesia cristiana se ha empeñado en una ocultación destructiva de la verdad lo que ha intranquilizado a los lectores, así como la idea --propuesta por afirmaciones de Brown como «los historiadores creen»-- de que Jesús no fue considerado divino por sus primeros seguidores.

¿Cómo responde usted estas afirmaciones en su libro?

Welborn: Lo primero que hago es precisar las contradicciones inherentes a estas declaraciones. Simplemente no tienen ningún sentido a diferentes niveles.

Por ejemplo, Brown dice que el «partido de Pedro», es decir, el cristianismo ortodoxo, se opuso a María Magdalena y la demonizó.

Pues bien, en los primeros siglos en que esto estaba supuestamente ocurriendo --los primeros tres siglos del cristianismo-- tenemos muchos ejemplos de Padres de la Iglesia que sostenían que María Magdalena recibiera una alabanza particular. María Magdalena es honrada como santa en el catolicismo y en la ortodoxia. ¿Cómo es que se la demonizó?

Además, y algo más fundamental, Brown afirma que Constantino básicamente inventó la noción de la divinidad de Cristo para apoyar su poder y unificar el imperio.

Si este fuera el caso, ¿qué era, en realidad, ese «partido de Pedro» de la ortodoxia que Brown afirma que ha estado luchando contra los devotos de María Magdalena por todo el poder durante estos siglos? No se sostiene.

En la base de todo esto está la cuestión de las fuentes, que me tomó mucho tiempo para tratarlas en mi libro. Los lectores necesitan entender que las fuentes de las que depende Brown son sobre todo escritos gnósticos que datan de finales del primer siglo como muy pronto, y con toda probabilidad de mucho más tarde.

Ignora completamente los escritos del Nuevo Testamento, que incluso los eruditos más escépticos datan del primer siglo, al igual que el testimonio de los Padres Griegos y Latinos, así como la evidencia litúrgica de estos tres primeros siglos.

Considerando esto, no hay razón para considerar como algo serio nada de lo que Brown afirma de los orígenes cristianos.

¿Cuál es el papel del Opus Dei en «El Código Da Vinci»?

Welborn: Me parece que en «El Código Da Vinci», el Opus Dei desempeña el papel que normalmente jugaban los jesuitas en las antiguas novelas y polémicas anticatólicas: una sociedad mundial secreta con lazos únicos con el Papa, constituida para nada bueno.

Brown usa una caricatura del Opus Dei en esta novela, aunque intenta disculpar a sus bases y los convierte en víctimas, más que en villanos.

Pero no resulta necesario decir que «El Código Da Vinci» está lleno de declaraciones y caracterizaciones erróneas del Opus Dei, como lo demuestra la figura más bien interesante de un «monje» del Opus Dei, lo que, ya en sí desautoriza todo lo que Brown tenga que añadir sobre el grupo porque el Opus Dei no tiene monjes.

¿Son defendibles las afirmaciones que hace Brown sobre la obra artística de Leonardo?

Welborn: En absoluto, y resulta más bien chocante lo evidente de sus errores, en casi todos los aspectos de la vida y obra del artista que procura presentar. Tengo muchos detalles en mi libro, pero creo que el punto de inicio es el nombre mismo del artista.

Brown se presenta a sí mismo como una especie de devoto y experto en historia del arte. Pero se refiere constantemente al artista en cuestión como «Da Vinci», como si éste fuera su nombre. No lo es. Es el indicativo de su ciudad natal.

Su nombre era «Leonardo», y éste es el nombre por el que es llamado en cualquier libro de arte que se consulte. Uno que proclama ser experto en arte y se refiere al artista como «da Vinci» es tan creíble como una persona que proclame ser historiador de la Iglesia refiriéndose a Jesús como «de Nazaret».

¿Es «El Código Da Vinci» anticatólico?

Welborn: Sí, en este sentido: Dan Brown considera culpable al catolicismo por supuestos crímenes que, si fuera consecuente, harían culpable a todo el cristianismo.

Después de todo no es únicamente el catolicismo el que cree que Jesús es divino, recita el Credo de Nicea, y acepta el canon del Nuevo Testamento. No es sólo la Iglesia católica la que desempeña un papel --y ni mucho menos tan grande como Brown proclama-- en la ejecución de brujas durante el último periodo medieval y los inicios de la época moderna.

Como estadounidense, puedo decirle con toda confianza que los Obispos Católicos no estaban en el cargo durante los juicios contra las brujas del siglo XVII en Salem, Massachussets.

De modo que, en este sentido, se puede decir que «El Código Da Vinci» es anticatólico.

¿Por qué cree que las afirmaciones sobre los orígenes cristianos que hace Brown han sido recibidas con tanto entusiasmo, incluso por los que se profesan cristianos?

Welborn: Porque, desafortunadamente, no han recibido una buena educación en los orígenes históricos del cristianismo. Mi libro es esencialmente un intento de hacer algunas correcciones caballerosas a esta situación.

Animo a los lectores, en fin, a que no dependan de las tonterías de esta novela para ampliar su comprensión de los orígenes cristianos.

Si están interesados en quién era Jesús verdaderamente y qué fue lo que de verdad predicó y sobre qué, hay un modo muy accesible de hacerlo, que no tiene nada de secreto ni de oculto. Es el Nuevo Testamento. Es la vida sacramental de la Iglesia. Si quieren encontrar a Jesús, les digo, comiencen ahí. Se quedarán sorprendidos de lo que encuentren.

¡MUJER, NO PIERDAS TU LIBERTAD!

Vuelve a tu misión de formadora de hombres



Por Gilberte Côté-Mercier

EL VERBO DOLIENTE

¿Cómo hablar a las mujeres? Los hombres no saben hacerse entender por ellas, ni entre ellas pueden entenderse. El corazón de la mujer es un vaso cerrado. Nadie puede penetrarlo hasta el fondo, sino Dios mismo. Si María es el tesoro sellado en el cual el Espíritu Santo posee el secreto, podemos decir lo mismo, quizá, de todas las mujeres, tanto de las malas como de las buenas. Cada una guarda en lo más íntimo de su ser un secreto reservado a Dios, que ningún otro puede descubrir.

Me parece, que es porque sólo Dios, puede hablar al corazón de las mujeres hasta conmovirlo con bastante profundidad para que, si es necesario, se transforme en un corazón nuevo. Es el Dios Amor quién hace los corazones. Y este Dios Amor conoce el sufrimiento. Es un Dios crucificado. Las mujeres también conocen el sufrimiento, ellas también son crucificadas. El Verbo de Dios doliente es la sola Palabra que las mujeres escuchan porque reconocen en ellas mismas el padecimiento. Así pues, solamente El Crucificado, es quién puede vencer a las hijas de Eva: la ambiciosa, la orgullosa, la celosa del mismo Dios.

Sobre el Calvario, además de Juan, el único de todos los hombres amigos de Jesús, sólo había mujeres. En el vía crucis, estuvo Verónica, una mujer, la cual se había arrastrado entre los soldados ebrios y brutales, se había escabullido atrevidamente para llegar hasta el rostro de Jesús a fin de enjugar con ternura la sangre, los sudores, las lágrimas. Al pie de la cruz, María Cleofás y María Salomé, dos madres de seis apóstoles, las cuales dieron vida a seis de los once evangelizadores del mundo entero. De rodillas en el polvo del calvario, regando el suelo con sus lágrimas, estaba Magdalena, la gran amiga, con corazón de fuego quien acababa de convertirse a la vista del Amor infinito sobre la cruz. Y, a los pies del Hijo de Dios asesinado por los hombres, de pie, animosa y fuerte como todas las madres frente a los malhechores, y el corazón lleno de misericordia, estaba María, otra mujer, La Inmaculada, bellísima, quien, con dolores infinitos paría a la vida eterna todos sus hijos.

¿Por qué, entonces, fueron mujeres quienes se quedaron al lado del Verbo doliente y moribundo? Porque las mujeres entienden el lenguaje del padecimiento. Las mujeres no entienden las palabras y las frases. Entienden las lágrimas de los débiles. Son madres, y para ellas todos son niños, sobre todo los pequeños, los perseguidos, los enfermos, los que necesitan ser amados.

Mujeres, no puedo hablarles con palabras. Demando al Verbo sobre la cruz que se haga entender a su corazón.

EVA Y MARÍA

“¡Oh mujeres cristianas, su misión es grande! Sus maridos, sus hermanos se imaginan, quizá, que todo iría bien, al menos un poco mejor, si se pudiera cambiar la forma del gobierno o la del Estado, transformar la sociedad en un sentido u otro. Quizá ustedes lo creen también a fuerza de escucharlo decir, o ver a los hombres hablar del tema”

“Ahora bien, el porvenir está entre sus manos no en las de los tecnócratas, ministros, directores, comisarios, peritos, ingenieros, expertos y notarios, pues son ustedes, primero, quienes forman a esos hombres; ministros, directores, comisarios, ingenieros, etc. Todos fueron niños, y de su educación - a pesar de las gracias extraordinarias - dependerá su actitud en los cargos que tendrán que cumplir, y el

porvenir de la sociedad entera” (Itinéraire 1964)

Mujeres, su misión es grande, porque son ustedes quienes hacen a los hombres. Los hacen primero, en su corazón, luego los lanzan a la vida. La vida de mañana para todos será lo que ustedes hacen de ella hoy, por los hombres que serán formados por ustedes.

Mujeres, para hacer hombres, hacen falta muchas virtudes. Ustedes tienen un modelo que seguir, el modelo de las mujeres. La que es llamada Porta Coeli; Puerta del Cielo, Puerta de Dios. Los hombres que forman las mujeres son destinados a Dios. Las mujeres tienen que hacer hombres para Dios. La misión de todas las mujeres es ser las puertas del Cielo, puertas de Dios. Son las mujeres quienes abren la vida, la vida terrestre y la vida celestial a la humanidad.



El pecado de Eva, es desencaminar a Adán del pensamiento de Dios, de la Voluntad de Dios. Atrae sobre ella la atención de Adán.

Aprovechándose de su influencia sobre Adán, hace prevalecer su propia voluntad contra la de Dios.

Hoy en día, para saber si se sigue a María, su verdadero modelo, o a Eva el modelo quebrantado, si queremos conocer eso, basta preguntarse si nuestras mujeres cristianas llevan hacia Dios a los hombres, especialmente a quienes rodean su regazo. ¡Ay! Pronto se halla la contestación negativa. Con sus vestidos inmorales, indecentes, horrosos, confeccionados por los enemigos de Dios, muchas mujeres hoy, resultan escandalosas y abren para la muchedumbre, no las puertas del Cielo sino las del infierno.

UN POCO DE HISTORIA

Se sabe que en los tiempos antiguos la sociedad guardaba escondidas a las mujeres. Las religiones, hasta las paganas, aislaban a sus mujeres. Les cubrían enteramente hasta la cabeza y las encerraban en cuartos especiales reservados para ellas solas.

Así pues, ¿cuándo tomaron las mujeres su libertad? ¿cuándo pudieron las mujeres salir a plena luz y codearse con los hombres sin ser un peligro para ellos y para la sociedad, y sin que los hombres fueran un peligro para ellas? ¿cuándo llegó la hora de la liberación para las mujeres? ¡Mucho antes de la creación! Es cierto.

Es el cristianismo el que permitió a las mujeres vivir en medio de los hombres, porque los sacramentos y la oración trajeron a las mujeres la pureza y la humildad, y a los hombres la pureza y la fuerza moral. El cristianismo consagró a la mujer, y la confirió, como a María, la índole sagrada de madre inspirando el respeto y llevando a los hombres a la felicidad, la misma prometida por el cristianismo, la felicidad de la abnegación del cuerpo para la glorificación del alma.

El cristianismo purificó el corazón de las mujeres. Despidió al demonio de la vanidad, de la coquetería,

los demonios de la aventura galante, de los celos, de la seducción, del egoísmo, del odio. El cristianismo hizo dilatar la pureza en el corazón de las mujeres, la humildad, la modestia, el pudor. Resultó, entonces, que la sociedad pudo dejar a los hombres y a las mujeres encontrarse porque se habían vuelto capaces de vivir como hermanos y hermanas.

El modelo de las mujeres cristianas, es María Santísima quien vivió en medio de los apóstoles, después de la muerte de su Hijo. María, la Inmaculada, que brilla como el sol, bella como las estrellas y tierna como la luna. Con sus virtudes la Virgen María dio la libertad a las mujeres. Es desde su paso sobre la tierra que data la liberación social de las mujeres. Y si las mujeres quieren guardar sus libertades, continuar siendo cristianas, deben imitar a la Virgen María.

Si las mujeres se visten tan inmoralmente, son objetos de escándalo que llevan a nuestra sociedad hacia su decadencia, pues no siguen a María Santísima y por ello resultaran responsables de la pérdida de nuestras libertades. Cuando los hombres se hayan vuelto salvajes a causa de nosotras, nos devorarán con su bestialidad o nos escondrán bajo velos detrás de tabiques opacos.

Mujeres en fábricas para ganarse la vida con sueldos miserables a pesar de la abundancia de la producción moderna, ¿qué no son ya mujeres golpeadas, azotadas rudamente por nuestro siglo materialista?

¡Mujeres llevando armas, en campos militares como en China, Cuba, son mujeres devoradas por la herejía comunista enemiga del cristianismo!

Mujeres presas en las minas de Siberia y de África, perforando peñones con perforadoras brutales en un ruido de infierno en un aire envenenado, ¿acaso eso no es esclavitud de la mujer? ¿No es acaso esto más penoso aún que la vida de las mujeres escondidas en sus casas?

Es la moda del mundo libre que, primero desnuda a las mujeres, que les hace llevar sólo calzones. Luego, aquellas mujeres resultan listas para los trabajos de la esclavitud de los países comunistas. Se les considera como hombres.

¿Y el mundo pagano de la Antigüedad llegó hasta arrancarles a los niños a sus madres, para confiárselos al Estado o para mandarles a otros continentes a fin de hacerles revolucionarios? No lo creo.

Nuestras costumbres del siglo 20 aceptaron que niños fueran arrancados de sus madres desde la cuna y educados por el Estado, nuestras costumbres se callaban acerca de los raptos de masas cometidos por los comunistas. Y hoy la mayoría de las mujeres de nuestros países democráticos trabajan libremente y confían sus niños a guarderías del Estado. Comprobamos bien que las mujeres han perdido su felicidad y las libertades que el cristianismo les conquistó.

LA SAL DE LA TIERRA

Nuestra sociedad es resultado de lo que la hicieron las mujeres. Los hombres son lo que han hecho las mujeres de ellos.

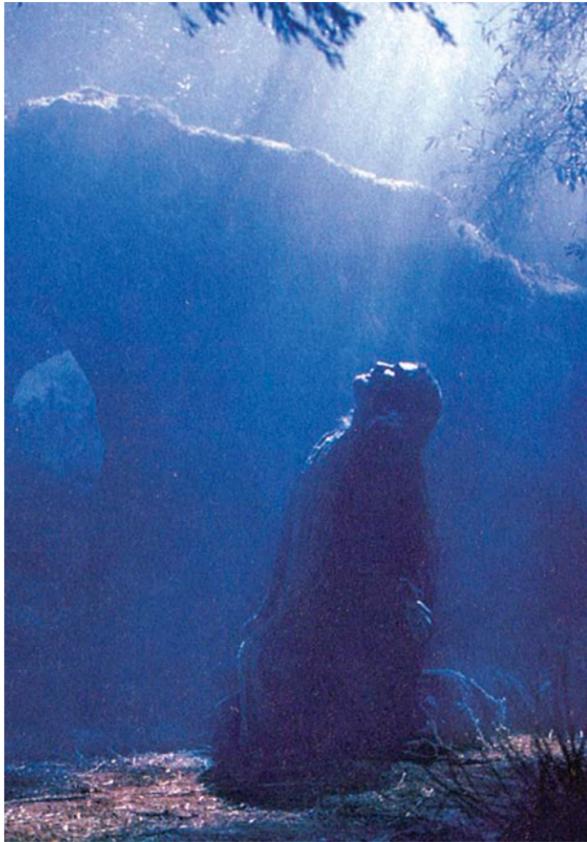
Mujeres cristianas, no se reformará la sociedad sin ustedes. No se reformará con leyes, sino por su virtud. Las leyes vendrán después.

Mujeres cristianas, al igual que los sacerdotes, pues, también recibieron un sacerdocio, ustedes son la sal de la tierra. “¿Si la sal se desazona, con qué la salaremos?”

“¡Oh mujer, grande es tu misión! Que tu corazón sea puro como el de María, puro y desinteresado. El egoísmo no te conviene. Que tu ropa sea modesta, como la de María, entonces serás bella como Ella. Que tu encuentro sea santificante como el de María, entonces serás la fuente de nuestra alegría como Ella. Y los hombres serán mejores. Y la vida será más mansa. Y hasta las leyes volverán a ser justas y protectoras, Gracias a ustedes, mujeres!”

EL CAMINO DE LA CRUZ

«POR SUS LLAGAS HEMOS SIDO CURADOS» ISAÍAS 53, 5

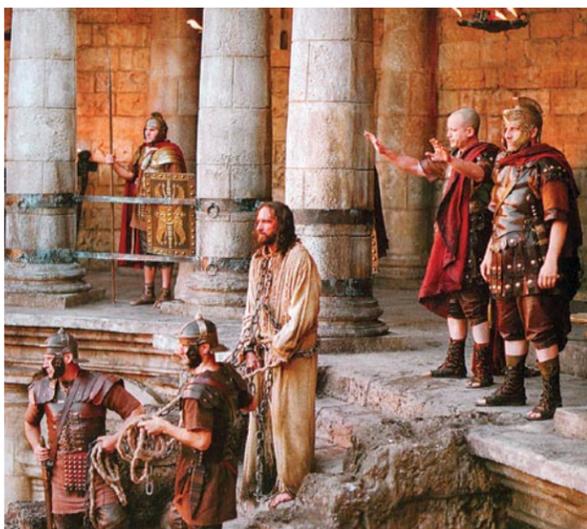


INTRODUCCIÓN

Cristo no vino a suprimir el sufrimiento, vino a salvarnos, a solidarizarse con nuestra condición humana hasta la muerte, cargó nuestros pecados para abrirnos de par en par las puertas de la Vida Eterna. La Cruz es el instrumento que lleva a Cristo al corazón del sufrimiento humano. Vivir el camino de la Cruz, es abrir nuestras heridas a su Amor que sana y entregar nuestras rebeldías a su consuelo. Tener una relación justa con la Cruz, es renunciar a todos nuestros caminos de muerte y escoger la Vida. Con Jesús, ya no estamos solos en la prueba.

Entremos en el misterio de los Corazones unidos. María esta también con nosotros cuando el sufrimiento de nuestros seres queridos parece insoportable y las situaciones de nuestras vidas parecen desesperadas y sin solución. María está de pie uniendo, por su Corazón, nuestro corazón al Corazón de Cristo.

Meditando y contemplando las escenas de los misterios de la Pasión de Cristo, dejamos entrar la Misericordia de Dios en nuestra vida. Entonces nuestro sufrimiento y nuestra muerte serán abiertos y ofrecidos a Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). No olvidemos nunca, al iniciar el camino de la Cruz, que la finalidad, la meta, es la resurrección. La Cruz es el paso; es el último despojo antes de la Victoria.



“Pilatos les dijo: Pero, ¿qué mal ha hecho este hombre? Yo no he hallado nada en Él que merezca la muerte. Por eso, después de castigarlo, lo dejaré libre. Pero ellos insistían con grandes gritos, pidiendo que fuera crucificado, y el clamor iba en aumento” (Lc 23, 22-23).

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame cada ocasión en que condenaste a alguien, y cada ocasión en que te condenaron injustamente, y quédate aquí en mi presencia, tranquilamente, sin quejarte.

En adelante, te daré fuerza y ayuda para soportar la injusticia y la condenación en el silencio y la ofrenda.

Dame tu orgullo y te daré mi humildad.

Juntos, estaremos uno al lado del otro, para que esta situación dolorosa sirva para la salvación de las almas. Si te caes, en tu debilidad, estaré para cargar lo que no puedas cargar, y mi mano te levantará por la Confesión, y volveremos a empezar...

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Ellos se apoderaron de Jesús; El mismo llevaba la Cruz a cuestas y salió de la ciudad hacia un lugar llamado «La Calavera» -que en lengua de los judíos se dice «Gólgota»-” (Jn 19, 17).

“Vengan a Mí los que están cargados y agobiados, y Yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de Mí que soy manso y humilde de corazón, y sus almas encontrarán alivio. Pues mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30).

SEGUNDA ESTACIÓN

JESÚS CARGA LA CRUZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame tu inocencia perdida, todas tus heridas y tus llagas del pasado y del presente. Dame tu soledad y tu dolor. Dame tu pureza perdida, tus anhelos rotos, tus sueños quebrantados. Dame tus cruces y Yo mismo llevaré con alegría tus cargas.

Gracias por cuantas veces cargaste la cruz con ánimo. A pesar de tu debilidad, lo hiciste por las almas que amo. Sanaré las heridas de tu pasado y de tu presente. Te devolveré la inocencia y la pureza. Pondré en tu corazón una nueva esperanza, y volverás a nacer en el amor, la luz y la hermosura. Tu inocencia resucita en mi resurrección.

He aquí tu herencia: eres mi hijo, un hijo de Dios. Sin tu buena voluntad, soy incapaz de llevar la Cruz, porque necesito tu amor para ayudarme a cargar esta Cruz de la Inocencia Crucificada en los que te rodean, y también en ti mismo. Juntos ganaremos la victoria. Estoy siempre contigo.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“No había en Él belleza ni esplendor, su aspecto no era atractivo. Despreciado, rechazado por los hombres, abrumado de dolores y familiarizado con el sufrimiento... Aunque nosotros lo creíamos castigado, herido por Dios y humillado, eran nuestras rebeliones las que lo traspasaban, y nuestras culpas las que lo trituraban. Sufrió el castigo para nuestro bien y con sus llagas nos curó” (Is 53, 2-5).

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame todas tus caídas y tus fracasos, tus desánimos y tus abandonos... cuando te apartaste de Mí y me aplastaste con tus pecados, cuando trituraste la Vida divina en ti y en otros. Dame tu tendencia a encerrarte, tu complacencia en la tristeza y la melancolía.

Por mi parte te daré mi gratitud, por cuantas veces alcanzaste a levantarte y a seguir el camino. Permíteme agradecerte por haber regresado a Mí humildemente con un profundo pesar en el corazón.

Me alegro contigo por cada nuevo empezar en tu camino hacia el Cielo.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Se oyen gritos en Ramá, lamentos y un llanto amargo, es Raquel que llora por sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen” (Jr 31, 15).

“Al encontrarlo, se emocionaron mucho y su Madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te buscábamos muy angustiados»” (Lc 2, 48).

CUARTA ESTACIÓN

JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE AFLIGIDA

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Madres y padres, denme su pena y su dolor cuando no pueden socorrer a sus hijos que sufren, cuando el pecado y el mal les arrebatan.

Denme su impotencia cuando les ven apartarse de Mí. Hijos, denme su angustia cuando deben seguir caminos que sus padres no entienden plenamente, y que no pueden explicar.

Pónganse en la mirada de Amor constante entre mi Purísima Madre y Yo, y todo se arreglará. ¡Les doy mi Madre para que sea su Madre! Les muestro al Padre para que sea su Padre. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6).

Vengan, siganme en este camino de Amor.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

SIGUE EN LA PÁGINA 15



EL CAMINO DE LA CRUZ

VIACRUCIS PARA LA SANACIÓN

VIENE DE LA PÁGINA 14

“Por el camino encontraron a un tal Simón, natural de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, que volvía del campo, y le obligaron a llevar la Cruz de Jesús” (Mc 15, 21).

“El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque el que quiere salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por amor a Mí, la hallará” (Mt 16, 24-25).

QUINTA ESTACIÓN

SIMÓN AYUDA A CARGAR LA CRUZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame tus rechazos de ayudar a alguien cuando estaba a tu alcance hacerlo. Dame todas las ocasiones en que hiciste más pesada la carga del otro en vez de aliviarla, cuando resististe o cargaste la cruz a regañadientes.

Dame la carga de tus cobardías. Por mi parte, me acordaré de las veces que ayudaste a otra persona, de las veces que te hiciste cargo, con alegría, del peso del dolor ajeno, de las veces que compartiste el peso de mi Cruz.

En adelante, te guiaré y te ayudaré a actuar mejor, a ser más generoso, porque lo que haces a otro, a Mí lo estás haciendo.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Muchos quedaron horrorizados al verlo, porque estaba tan desfigurado que no parecía hombre ni tenía aspecto humano” (Is 52, 14). “En verdad les digo que cuando lo hicieron con alguno de estos mis hermanos más pequeños, lo hicieron conmigo” (Mt 25, 40).

SEXTA ESTACIÓN

VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame todo este miedo al que dirán que te impidió dar testimonio de mi Amor delante de los demás, avergonzado de lo que otros pudieran pensar de ti.

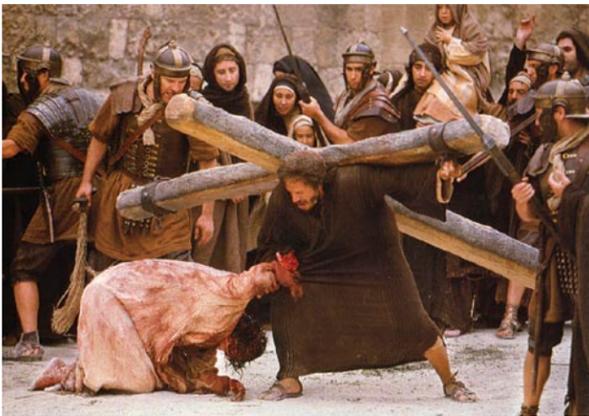
Dame tu temor a ser juzgado, tus indiferencias, tu falta de compasión, la dureza de tu corazón. Te haré vivir en mi mirada y no en la mirada de los hombres. Te daré la fuerza en la ternura, los gestos de amor, en la dulzura y la delicadeza. Tengo que consolar a tantas personas.

Dame tu mirada altanera y las imágenes que en ti despiertan la perturbación.

Te daré mis ojos de Misericordia y de Amor y purificaré tu memoria y tu imaginación. Tú y Yo, juntos, consolaremos a mis queridos hijos.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

“El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Flp 2, 6-8).



SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame el peso de tus pecados. ¡Te aplastan tanto! Tienes la impresión de que no tendrás la fuerza para levantarte, y cuando por fin lo logras, eres demasiado débil y te caes de nuevo enseguida; entonces te quedas en la pena y en el sufrimiento.

He venido a levantarte, para coger esta terrible carga que te aplasta hasta desesperarte. Dame sencillamente tus pecados, sin importar su horror. No vengo a condenarte sino a consolarte y amarte. ¡Ven a Mí en la Confesión!

No te preocupes si no sabes por donde empezar. Ve al Sacerdote y explica tus dificultades, y pídele ayuda. Ven a Mí con frecuencia, te espero.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Lo seguía muchísima gente, especialmente mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por Él. Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por Mí. Lloren más bien, por ustedes y por sus hijos... Porque si esto hacen con el leño verde, ¿que harán con el seco?» (Lc 23, 27-28; 31).

OCTAVA ESTACIÓN

JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

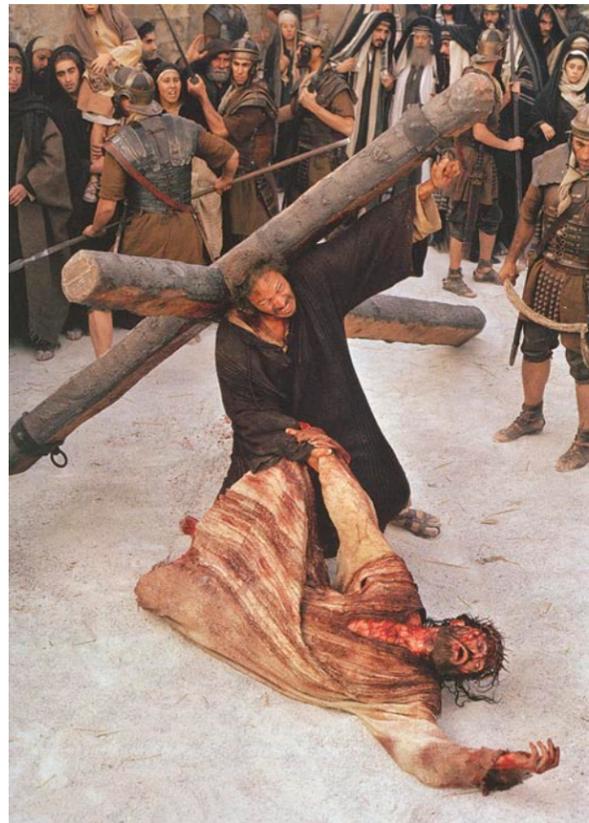
T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame todas las veces que te descuidaste de la oración por tu familia. Cuántas veces dejaste de orar diciéndote: “Nadie me escucha, nadie oye mis oraciones; Dios no contesta a mis oraciones; Dios no se preocupa ni por mí ni por mi familia”. Dame todas las oraciones a las cuales no conteste a tu manera, y todas las oraciones atendidas a las cuales contesté a mi manera, pero que rechazaste. Todas estas oraciones te llevan a la santidad. A veces este don se presentará bajo la forma de un sufrimiento, una pérdida o una pena, para que tu alma crezca en valentía, en amor, en olvido de ti mismo. A veces este don será envuelto en alegría, en paz y en felicidad. No hay ninguna oración de mis hijos que Yo no atienda porque les amo.

Toda la creación te dice cada día: “¡Te amo!”. Acuérdate de Mí, porque Yo no te olvido nunca, ni siquiera un solo instante.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

“Después de una vida de aflicción comprenderá



que no ha sufrido en vano. Mi siervo traerá a muchos la salvación cargando con sus culpas. Le daré un puesto de honor, un lugar entre los poderosos, por haberse entregado a la muerte y haber compartido la suerte de los pecadores. Pues El cargó con los pecados de muchos e intercedió por los pecadores” (Is 53, 11-12).

NOVENA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame todas las veces que ya no puedes avanzar, ¡porque entiendo bien lo que sientes! Caí aquí por Amor a ti. Dame tu desamparo y cree en el Poder de mi Nombre. Llama a mi Nombre: “Jesús”.

Te amo tanto y te conozco por tu nombre. Dame todas tus palabras inútiles, las que hirieron a los demás y que te hirieron a ti mismo. Pondré en tu boca el silencio del amor y unas palabras de bendición y de alabanza. Mira a mi Madre, cuyo Corazón tan tierno me dio ánimo para levantarme y seguir.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Los soldados, después de crucificar a Jesús, se apropiaron de su ropa y la repartieron en cuatro partes iguales, una para cada soldado. Se apoderaron también de su túnica, que era sin costura, de una sola pieza. Se dijeron entre ellos: «No la rompamos, vamos a sortearla para ver a quien le toca». Así se cumplió este texto de la Escritura: «Se repartieron mi ropa y sortearon mi túnica...» (Jn 19, 23-24).

DÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Hijo mío, dame todos los bienes que Yo te he dado, pero de los cuales tienes tanta dificultad para despren-

SIGUE EN LA PÁGINA 16

EL CAMINO DE LA CRUZ

LA DOLOROSA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

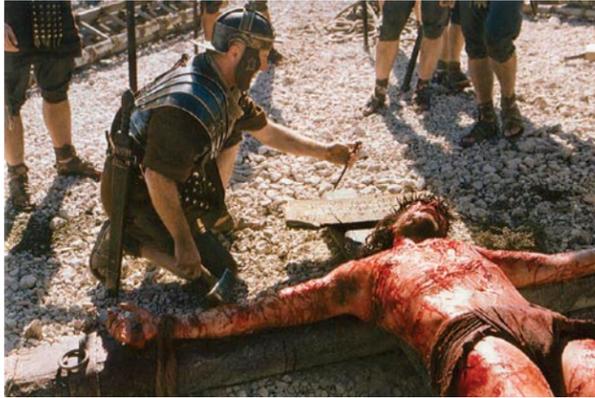
VIENE DE LA PÁGINA 15

derte. Dame tus bienes más preciosos y te daré la verdadera libertad del corazón y del espíritu. Dame tus riquezas materiales, intelectuales y espirituales.

Ofréceme todo lo que te he dado, y por mi parte te inundaré con más Gracias todavía. ¿Por que tienes miedo, hijo mío? ¡Soy Dios y soy capaz de cuidar de ti!

Dame tu falta de generosidad y te daré toda mi generosidad.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, lo crucificaron a Él y a los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Mientras tanto, Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Después se repartieron sus ropas, sorteándolas. La gente estaba ahí mirando. Los jefes por su parte se burlaban de Jesús diciendo: «Ya que salvo a otros, que se salve a Sí mismo, para ver si es el Mesías de Dios, el Elegido»” (Lc 23, 33-35).

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Dame todos tus gestos malos, tus malas costumbres y tus desviaciones. Dame todo lo que tocaste y que ensució tu cuerpo, tu espíritu y tu alma.

Purificaré tu sentido del tacto y ordenaré tus gestos y tus actitudes. Te estableceré en la realidad de las cosas buenas y hermosas que he creado para ti.

Dame todas las veces que te quejaste mientras te proponía quedarte conmigo en la Cruz por amor a los demás.

Dame tu temor por ti mismo y tu temor por los demás.

Yo te daré el valor de llegar a ser un apóstol voluntario de reparación y de amor. ¡No temas! Estoy contigo y mira: tu Madre celestial nos acompaña.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Hacia el mediodía, se ocultó el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. En ese momento el velo del Templo se rasgó por la mitad, y Jesús gritó muy fuerte: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», y al decir estas palabras, expiró” (Lc 23, 44-46).

DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo

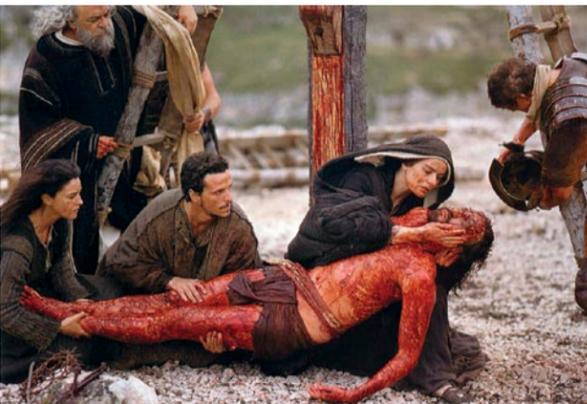
Detén aquí tu corazón en el silencio.

Hijo mío, dame tu temor al sufrimiento y te acompañaré en tu sufrimiento dándote la alegría de unir nuestros corazones traspasados, junto con el Corazón de mi Madre para la salvación del mundo.

Dame tu rebeldía y tu temor a tu propia muerte y a de los que tú amas, porque en la Cruz vencí el odio y muerte. Dame tu grito de angustia y te daré el grito de la victoria: “Hágase tu Voluntad”.

Basta que te acuerdes de Mí, y la vida en mi presencia te pertenecerá.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Alguien tuvo la valentía de ir donde Pilatos y pedirle el cuerpo de Jesús. Era José, del pueblo de Arimatea, miembro respetable del Consejo Supremo y que esperaba también el Reino de Dios. Pilatos se extrañó de que hubiera muerto tan pronto, y llamó al capitán para saber si realmente era así. Informado por el centurión, entregó el cadáver a José” (Mc 15, 43-45).

DECIMATERCERA ESTACIÓN

JESÚS EN LOS BRAZOS DE SU MADRE

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

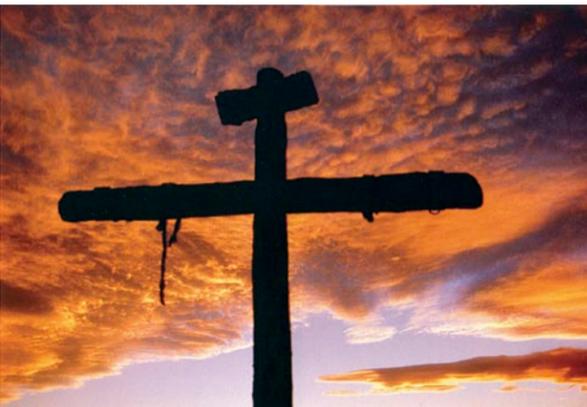
Hijo mío, dame tu inocencia crucificada. Dame todas tus faltas de ternura y de cariño, del pasado y del presente.

Detente y abandónate en los brazos del Amor paternal que tengo para ti.

Llama a tu Madre celestial. Sus brazos reciben tu espíritu, tu cuerpo y tu alma herida. Tú eres su hijo tanto como Yo. Sus lágrimas interceden por ti.

¡Ámala! ¡Cuánto te ama!

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



“Después de bajarlo, lo envolvió en una sábana y lo depositó en un sepulcro cavado en la roca, donde nadie había sido enterrado aún. Era el día de la preparación de la Pascua y ya estaba por comenzar el día sábado.

Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea lo estaban observando todo de cerca y se fijaron en el sepulcro y en el modo en que habían colocado el cadáver” (Lc 23, 53-55).

DECIMACUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES COLOCADO EL SEPULCRO

G. Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos.

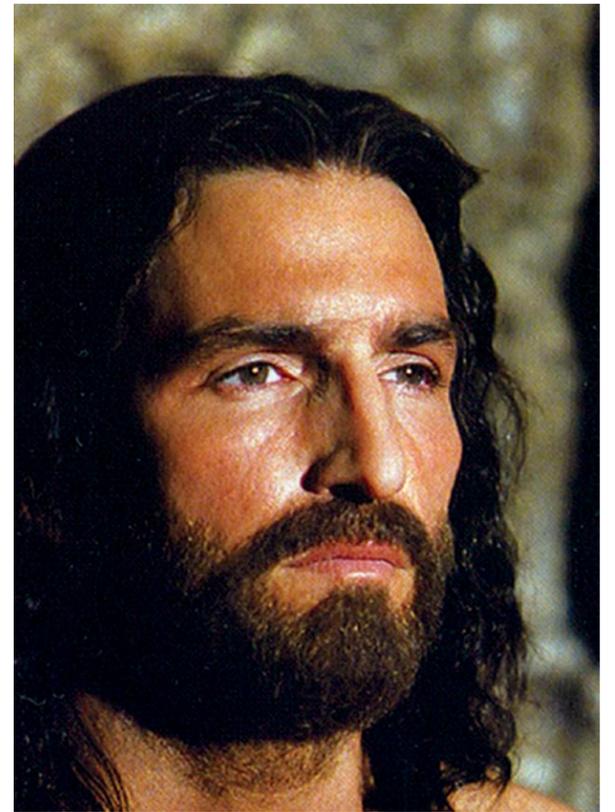
T. Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Detén aquí tu corazón en el silencio.

Hijo mío, dame todo lo que en ti tiene sabor a soledad y a muerte. Te daré la confianza, la fe, el amor, el gusto de vivir, el deseo de mi Amor y del amor fraterno. Jamás estás solo, ni un solo instante. Dame tu vacío y tu nada.

Te daré mi plenitud. Dame tus lágrimas y tu tristeza, te daré mi paz, mi esperanza y mi resurrección gloriosa.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.



JESÚS HA RESUCITADO

“Dios resucitó a Jesús al tercer día y le concedió que se manifestase, no a todo el pueblo, sino a nosotros que somos los testigos elegidos de antemano por Dios, a nosotros que hemos comido y bebido con Él, después que Dios lo resucitó de entre los muertos...” (Hech10, 40-41).

“En efecto, por el Bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando vinculados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el Poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva. Porque si hemos sido injertados en Cristo a través de una muerte semejante a la suya, también compartiremos su Resurrección” (Rom 6, 4-5).



ORACIÓN:

¡Oh Inocencia Divina! Triunfo de mi inocencia crucificada. Devuelve a mi cuerpo, mi espíritu y mi alma salud y sanación, ánimo y consuelo. Deposita en mí el espíritu de alabanza, de adoración y de acción de gracias. Renueva en mí los dones del Espíritu Santo.

Guíame hasta una vida de santidad y de servicio lleno de alegría.

Te lo ruego en Nombre de Jesús, Salvador de toda la humanidad y por la intercesión de la Santísima Virgen María, de los Ángeles y los Santos.

Te lo pido en honor de los Corazones Eucarísticos de Jesús y de María, para la alabanza y en acción de gracias a la Santísima Trinidad. AMEN.

RECOPILADO POR: AR.

Las fotografías fueron tomadas por Ken Duncan y Philippe Antonello durante el rodaje de la película «La Pasión de Cristo». Todas las imágenes son propiedad de ©2004 Icon Distribution, Inc. Todos los Derechos reservados. Textos bíblicos extraídos de «La Casa de la Biblia». Comunidad María Reina de la Paz - BP 24 - 53170 Saint Denis du Maine (Francia)